Ha.
3391

HORMESINDA,

TRAGEDIA

DE

DON NICOLÁS FERNANDEZ

de Moratin, Criado de S.M.

REPRESENTADA EN EL COLISEO del Principe por la Compañia de Ponce este año de 1770.

UNIVERSIDAD LITERARIA
FACULTAD
DE
FILOSOFIA Y LETRAS
VILLA

CON SUPERIOR PERMISO.

MADRID: En la Oficina de PANTALEON AZNAR, calle del Arenal.

Se hallarà, con las demàs Obras del Autor, en la Librerìa de Caſtillo, frente de S. Phelipe el Real; y en la de Eſcribano, frente de la Aduana, calle de Atocha.

Grande ſonant Tragici, tragicos de-
cet ira cothurnos:
Verſibus è mediis ſoccus habendus erit.

Ov. *de Rem. Amor.*

PROLOGO

DE DON IGNACIO BERNASCONE.

SI los hombres no tuvieſemos embidia, ni amor proprio, yo dirìa algunas alabanzas de eſta Tragedia; pero no quiero tan mal à ſu Autor, que le concilie enemigos con mis elogios. Gran virtud ſe neceſsita para alabar el merito de uno que vive entre noſotros, pues nos parece quedarle inferiores, y eſto no lo ſufre nueſtra vanidad. Abundan por deſgracia los exemplos de hombres inſignes, caſi deſpreciados en vida, y celebrados en muerte, y es tan antiguo eſte vicio, que Marcial ſe quexa de èl, dando por cauſa la embidia. Yo no dirè que no hay eſpiritus ſuperiores que hacen juſticia ingenuamente; pero tambien los hay tan perverſos, que aun viendoſe preciſados á celebrar el merito de una obra, dexan ſiempre un reſquicio à la malicia. No pretendo por eſo que las Piezas no ſe cenſu-

ren : pero quando el todo es bueno, ſe puede, y aun ſe debe perdonar algun deſcuido. Para juzgar de eſta Tragedia, quiſiera que no la imaginaſen coſa de el dia ; ſino alguna traduccion, ù obra de un Autor antiguo, hallada por gran fortuna entre las ruìnas de alguna Biblioteca derribada. Ya ſe ha practicado eſta induſtria algunas veces para caſtigar la embidia ácia los modernos, y moderar la preocupacion ácia los antiguos. Si la Poesìa fueſe tan demoſtrable como la Mathematica, yo harìa confeſar à los lectores inflexibles ciertas verdades ; pero como es coſa de mero guſto, en no conformandoſe, ò fingiendo que no ſe conforma con el ſuyo, deſpreciaràn la miſma Eneyda por eſta frivola razon. No obſtante, no faltan muchas para perſuadir la perfeccion de una Pieza, pues ademàs del conſentimiento de los inteligentes deſapaſsionados, la obſervacion de las reglas no puede ocultar engaño. Que hay reglas fixas para qualquier arte, es coſa

cier-

cierta, y que esta Tragedia las observa, es induvitable: y no solo observa las generales, sino algunas mas delicadas. En efecto, nadie me podrà negar que esta es una Tragedia sin amor, sin episodios estraños, sin soliloquios, sin apartes, sin dexar solo el Theatro desde el principio hasta el fin; no solo al de las Scenas, sino tambien al de los Actos: de tal suerte, que estos, y aquellas estàn eslabonados sin interrupcion: circunstancias tan dificiles, que no se agraviarà nadie porque yo diga que no se hallan juntas en ninguna otra Tragedia que yo sepa, ni las tiene todas Terencio en su celebrado Eunuco. Se ha omitido el Argumento, porque de el contexto de la Tragedia deben resultar las noticias necesarias para su inteligencia, y por lo mismo es superflua la explicacion de los Personages: asi lo ha practicado el Maffei en su Merope, y los mejores Trágicos modernos. Añadese à esto, que el Autor no se propuso imitar à ningun Dramatico; y asi eligiò asunto

de la Nacion, imitando solamente à quien imitaron los mas famosos; esto es, à la misma Naturaleza, por lo qual intentò hacer hablar à sus Personages aquello que juzgò que hablarian en semejante constitucion. Haciendo esta imaginacion vivisima, se observan todas las reglas aun sin haverlas estudiado, y de esto resulta naturalmente la observancia de las tres unidades, la qual es aqui tan rigurosa, que la de accion no se interrumpe con episodios agenos de la materia: la de lugar se reduce à un salòn; y la de tiempo es tan exacta, que no solamente no dura mas de lo que tarda en representarse, pero ni puede durar mas, porque serìa inverosimil que no se deshiciese el enredo, que consiste en una equivocacion, cuya naturalidad, y sencillèz es su mayor artificio, y la disculpa de la credulidad de Pelayo, que solo dura dos horas: de tal modo, que si todo ello sucediese hoy, quizà no sucederia de otra suerte; pues hasta las entradas, y salidas

es-

eſtán diſpueſtas con reflexion. Oyendo hablar que hay reglas, algunos han penſado, que en fingiendo que varias perſonas hablan en un parage, ſe cumplia con la perfeccion de el Drama, aunque hablaſen mil deſatinos; y aſi los han publicado con gran ſatisfaccion. Otros que ignoraban menos, ſabìan muy bien, que para una Tragedia, ò Epopeya, ſe neceſsitaba una accion grande, tratada con eloquencia, con tales, y tales reglas, &c. Obſervaron las principales, y ſaliò una Pieza inſipida, dando ocaſion à los ignorantes para decir, que una Pieza ſegun arte, no agradarìa por no atinar el motivo de el poco aplauſo de aquellas. Eſta obra (decian) obſerva las reglas, y no agrada. ¿En què conſiſte? Reſpondo, que conſiſte, en que aunque ſus Autores hayan eſtudiado la Poetica, no ſon verdaderos Poetas, ni eſtàn dotados por la Naturaleza de Invencion, Numen, Enthuſiaſmo, ò Furor poetico, ò como quieran llamarlo: el que no tenga eſtas prendas, tra-

bajarà inutilmente, y ſiempre harà piezas frias ; porque no baſta el eſtudio ſin la vena, como yà lo advirtiò Horacio : y èl miſmo advirtiò tambien, que tampoco baſta la vena ſin el eſtudio, y por deſcuido, ò ignorancia, ſe han malogrado grandes talentos, los quales ſin atender à la razon, ſe dexaron arrebatar de la fantasìa libre ; y aſi no es maravilla que un ingenio (fecundiſimo ſin duda) dieſe mas de dos mil Piezas ; pero (como dice Carlos de Nina) ¿ còmo era poſible que fueſen perfectas, quando apenas hay en la naturaleza mas que diez ò doce caracteres originales que imitar ? No obſtante, fue tenido por monſtruo ſu ingenio; pero yo ſin quitarle la gloria que le confieſo guſtoſo, le admirára mas por una, ò dos Piezas con las reglas indiſpenſables de el Arte, que por tanta multitud deſarreglada. Aunque me repliquen que hay coſas excelentes en ſus obras, lo confieſo, y no lo eſtraño, pues ademàs de concederle un talento ſuperior, (que ciertamen-

mente le tenia) era preciso que escribiendo tanto , acertase algo , aun quando no le tuviera , como sucederia à quien vaticinando muchos sucesos , acertára por casualidad con algunos , pero este es un acaso ; y yo soy de opinion , que escribiendo tan libremente, no hay monstruosidad , ni maravilla. Busquenme en todas sus Obras , y en las de sus insignes competidores , otra Pieza con las circunstancias de esta , y en hallandola , reputenme por apasionado. La respuesta que me dan es, que assi agradan ; pero yo digo, que agradan por algunas circunstancias loables , que no he negado ; y es error manifiesto decir , que agradarà el desarreglo ; y aun quando eso fuera , el mal gusto se debe corregir , no promover. Bien sè que algunos Poetas , no solo Españoles , sino Italianos , y Franceses , disculpan sus descuidos con la condescendencia del Pueblo, diciendo por disculpa: *¿Quieren que se engañe todo un Pùblico* ? A esto respondo , que un Público reflexivo , y

eru-

erudito no es facil que se engañe ; pero un Público viciado , y sin reflexion aprobarà lo mas ridiculo , y mas obsceno , de lo que sobran exemplos , como se ha visto en la Comedia de *Marta* , representada ultimamente , y el decir lo contrario es falta de ingenuidad. No obstante, puede ser buena una Pieza , y no agradar en el Theatro , como sucedió en Venecia la primera vez con la celebrada Merope del Maffei , y puede agradar otra peor ; pero esto procede de la combinacion de circunstancias exteriores,ò advenedizas, que ocurren ; y en prueba de esto se ha observado , que una misma Pieza ha tenido diferente fortuna en ocasiones. Los que se precian de entender el Theatro, pueden averiguar en què consiste. Yo no hallo motivo para creer que la Hormesinda no logre aplauso , con tal que los Actores sepan declamar en ella con toda la pompa , y expresion que se requiere en pasiones tan violentas , pues es notorio,que un mal Representante deslucirà

la

la mejor Obra. La locucion no puede ſer mas noble, ni mas Poetica, para un Drama tan heroyco, y aunque algun verſo parezca duro, ſe ha de conſiderar la perturbacion de los Perſonages, y por eſſo uſa algunas veces de la figura Hyperbaton, y algunos epithetos, pues noſotros, y los Italianos tenemos lenguage Poetico, ſin dexar de ſer Theatral. Toda la Tragedia eſtà compueſta en un genero de ſylva endecaſilaba, uſando de aſonantes, y conſonantes, ſegun ocurren, ſin buſcarlos, ni deſecharlos: con eſto ſe evita la monotonia, que reſulta de las eſtrophas; y la poca harmonìa, que algunos imaginan (ſin razon) en el verſo ſuelto. Dos generos de gentes hacen decir à los Autores lo que jamàs penſaron: eſtos ſon los Comentadores apaſionados, y los Criticos embidioſos: yo por no parecer de los primeros no me detengo á hacer analyſis de la Pieza, y à buſcar en cada palabra un myſterio; pero advierto á los ſegundos, (de quienes ningun Autor ſe

de-

debe eſpantar ſin motivo) que aunque una Obra no eſtè á ſu guſto, no por eſſo paſſará por mala, mientras no pongan juſtos reparos; y en caſo de no ſer inverosimil lo eſcrito, ſiempre tiene el Autor mejor derecho; y ultimamente, la Poesìa es como la Pintura: ſi eſta Tragedia es un lienzo que da una grande idea del ſuceſſo de Hormeſinda, cumpliò el Autor con ſu obligacion, y aun quando huvieſe algunos pequeños reparos, ſe debe ſuponer que ſon deſcuidos perdonables, de la miſma calidad que las erratas de Imprenta, ò las de algun manuſcrito, que las corrigen los lectores ſin capitular al Autor. Yo no dirè que no tengamos Ingenios; pero lo cierto es, que ſi alguno de los que hoy viven ha eſcrito una Obra como eſta, todavia no la hemos viſto: á lo mas que ſe han atrevido es á alguna traduccion, y tan infeliz, que exceptuando tres, ò quatro, las demàs no deben nombrarſe. El Autor de la Hormeſinda ha dado mueſtras de varias claſes

de

de Poesìa, que no limò, y aunque no niego que en nueſtros dias hemos viſto algunos raſgos excelentes, creo muy bien que los ſuyos baſtaràn á diſtinguirſe de los verſificadores, y copleros. Su Comedia la *Petimetra* fue criticada en un Prologo de una traduccion de el Britanico, hecha no ſobre el original del Racine, ſino poniendo en mal verſo la excelente proſa de el que ſe ocultò con el Anagrama de Don Saturio Iguren. La Critica ſe reduce á generalidades, como hacen muchos, y à decir que los verſos eſtán defectuoſos. A eſto no reſpondo, ſino que vea quánto quiere por cada verſo, que encuentre mal medido, como eſtà eſte entre otros de ſu traduccion: *Bien puede ſer que Britanico.* Noteſe que el eruditiſsimo Aprobante llama traduccion à la Petimetra, quizàs por haver oìdo hablar de la *Petit Maitre à Londres* Comedia Franceſa, ſiendo aſi, que lo mas en que ſe parece, es en el titulo. Mas juicioſa fue la cenſura que hizo de la Lucrecia, Tragedia de el miſ-

mo

mo Autor, el de la Aduana Critica; pero sus reparos son estos: cree alguna expresion hyperbolica de el Prologo, como si no huviera hyperboles en el mundo. Cree que ignore el Autor el nombre de su llorado (*) Amigo Don Agustin de Montiano, y por consiguiente el de todas las Tragedias que cita en sus dos discursos, quando hace mencion de èl en el Prologo de la Petimetra; y lo que es mas, en el mismo de la Lucrecia dos veces aunque sin nombrarle. Cree que dificilmente se combinan instruccion, y numen siendo (como se ve aqui) mas dificil de combinar la rectitud con el deseo, y aun con la obligacion impuesta por sì mismo de criticar quanto salga: Cree que porque se cita à T. Livio, Floro, y Val. Maximo, hay obligacion de seguirlos à la letra, y de aqui infiere, que no se observan las unidades, sin reparar que no

(*) *En el Poema de la Caza.* Cant. 6.

no hay Tragedia en el mundo en que nó altere el Poeta, pues los ſuceſos no acaecen ſiempre adaptables al Theatro, y aſi aunque Tarquino murieſe lexos de alli, pudo fingir el Poeta, como lo hizo, que murieſe en el Theatro. Tampoco importa ſaber la diſtancia que havia aſta Ardea, porque no dice en la Tragedia que llegaron allà quando ſe fueron, ſino que volvieron deſde el camino. Tambien es de parecer, que à Bruto ſe le debia haver hecho ſimple, porque èl lo fingìa ſer, ſin reparar lo ridiculo que ſerìa ſu papel ſobre la Scena. Tambien es de opinion, que las fábulas dobles no ſon las mejores para el Drama, quando hay exemplos famoſiſimos en contrario. Le parecen inutiles los amores de Valerio, y Claudia, quando eſtàn tratados ligeramente, y de ellos reſulta hacer al tyrano mas odioſo. Cree que el lance de Lucrecia no ſea propio para el Theatro, queriendo que no excite el terror, y laſtima, ſin re parar que aun quando ello fuera aſi

es,

es cosa ya muy sentada, que se deben corregir todas las demàs pasiones, pues aunque Aristoteles nombra estas, se sabe, que su Poetica es muy breve, y como algunos quieren no és un tratado perfecto; sino un compendio, ò apuntamiento sin estender. Dice que la diccion, y sentencia no es muy sùblime, y en prueba de ello, critica la palabra *cicatrices* con tanto rigor como pudiera un Profesor de Anatomìa, siendo asi, que los Poetas tienen alguna mas libertad que los Facultativos; pues el mismo Virgilio llama *puer* à un recien nacido, à Ascanio, à Marcelo, à Palante, y lo que es mas, à Cesar, y à Pompeyo. No le agrada la palabra *descreìdo*, no obstante que en el mismo sentido la usa Fray Luis de Leon, y Don Alonso de Ercilla, y no en ningun Entremès. No le parece expresion noble *arrancar de quajo*, aunque es voz muy Castellana, y usada por el dicho Fray Luis de Leon, y por Fray Luis de Granada, ya se supone que en obras sé-

rias.

rias. Cree ultimamente, que el decir Lucrecia *quando Dios queria* no es locucion de una Romana impresionada en el Politheismo; por no haver reparado que Virgilio, de quien lo tomò Garcilaso, dice en boca de Dido (impresionada tambien en el Politheismo) *dum fata deusque sinebant*; y en boca de Eneas (impresionado tambien en el Politheismo:) *Dabit Deus his quoque finem*; y Ovidio (impresionado tambien en el Politheismo:) *Est Deus in nobis* y .... pero basta. De aqui se puede inferir la razon de esta censura, quando por otra parte su Autor en los numeros antecedentes aprueba los equívocos en cosa séria, disculpa el morir cantando, porque hay algun exemplar inverosimil, y no obstante esto, no sufre que se diga en plural los Lopes, Calderones, &c. llama à Marcial honor de la Poesìa lyrica, dice que Plauto gasta mas magestad que Terencio, y otras cosas bien notables, y no libres de inconsequencia, ù otra cosa en un Censor

ge-

general. No sè què respuesta darìa à esto su agudo ingenio; pero sin duda que seria delicada como suya. No se opone lo expresado à que esta critica sea digna de aprecio por la intencion de su Autor, que se dirige à que los Poetas se corrijan.

Muchos piensan, que para criticar à un Poeta, no es menester serlo, alegando, que muchos tienen bastante inteligencia en la Pintura, sin ser Pintores, para notar sus defectos, sin que por esto estèn obligados à la execucion: à esto respondo, que un principiante, ò uno que no naciò para el tal Arte, puede cometer defectos tan notables, y hacer cosas tan desproporcionadas, que se las advierta, y corrija qualquiera, aunque no muy hàbil; pero un gran Pintor harà cosas, que los poco inteligentes las juzguen defectos, y no seràn sino primores, como le sucediò à un sugeto semifacultativo, que quando imaginò hallar un defecto en una Pintura de el famoso Mens, descubriò uno de los mayores primores del Arte.

Quien

Quien entiende poco de Arquitectura, muchas veces se equivocará imaginando defectos, como ha sucedido muchas veces, los rasgos mas delicados del Arte. De la misma manera para conocer los defectos de N.N... no es menester ser Poeta, porque se vienen à los ojos; pero queriendose internar mas en la materia, el que no fuere Poeta juzgarà defectos algunos primores, y pedirà cosas imposibles en la práctica, y no conocerà algunos descuidos, como le ha sucedido al Autor de la Critica de la Lucrecia, que no ha reparado en el principal; y esta es la razon por la qual los mismos que han dado preceptos, no los han sabido poner en práctica, y el que quiera experimentarlo, pruebese à añadir un par de Scenas, y verà la dificultad, pues para componer una Tragedia (ultimo esfuerzo del ingenio humano) es menester atar tantos cabos, que no es maravilla que se suelte alguno; pero Horacio lo disculpa, y el mismo Dionysio Longino, ha-

blando de la preferencia de lo sublime, ò lo correcto, decide à favor de lo sublime, porque los grandes Ingenios no suelen tener paciencia para detenerse á limar. Yo puedo decir de mi Autor (porque lo he visto) que los dos ultimos Actos de la Lucrecia, los hizo en dos noches seguidas, en cada una el suyo, y los tres ultimos de la Hormesinda, los ha hecho en quatro dias, interrumpido muchas veces de mi conversacion, y la de otros amigos. No dixera esto, si no oyese celebrar por maravilla la celeridad desarreglada de otros. En fin estemos, en que mirandolo con rigor, no hay pieza Dramatica perfecta; pero se llamarà tal la que tenga menos imperfecciones, bastando por disculpa el no ser imposible, ò à lo menos muy estraño que haya sucedido asi: de la misma suerte que quando muchos tiran al blanco, aunque ninguno acierte, se tiene por mas certero el que dà mas cerca. Aunque no es natural hablar en verso, ni en consonantes, se hace por

con-

conveniencia del Auditorio, para que las clauſulas hieran mas blandamente en el oìdo. Tampoco es natural que un Chino, ù Perſa hable en Eſpañol; pero no ſe debe por eſo hacerle hablar en Eſpaña en lengua de ſu Paìs, porque reſultarìa mayor inconveniente, y ſe debe elegir ſiempre el menor. Yo preſcindo ahora de hacer una Diſertacion de el ſuceſo (cierto, ò falſo) de Hormeſinda, alegando Hiſtorias, y congeturas: baſta la tradicion recibida, y la miſma incertidumbre de circuſtancias diſculpa algunos anacroniſmos de poca monta, cometidos con advertencia. No he querido hablar de el origen, y progreſos de la Tragedia, ni de ſus preceptos, porque ſerìa repetir ſin provecho lo que ſe ha dicho tantas veces, y afectar, como muchos hacen, una ridicula literatura. Las reglas de el Arte ſon hoy tan comunes como las de los Generos, y Preteritos: en ponerlas en práctica eſtá la dificultad. El modo legitimo de criticar una obra es ponerla al lado

otra mejor. El Autor de la Hormesinda asi lo ha hecho, y esto se debe imitar. Decir que no hay reglas para el Theatro es un absurdo, y decir qne hay tantas, y tan arbitrarias como se imaginan los Criticos implacables, estrechando mas, y mas á los Ingenios, sin escribir ellos nada, es malicia, ò ridiculèz. Hoy no se necessitan tantos preceptistas, pero sì quien ponga en pràctica las reglas, que este es el unico medio de enriquecer nuestro Theatro. Por fin advierto, que aunque la docilidad del Autor es bien notoria, no se ha conformado en todo con algunos dictamenes, porque no los ha visto aprobados de todos, pues cada uno piensa á su modo, y haviendo siempre peligro de acertar, mas quiere que le atribuyan los errores á èl solo, que no que juzguen esta obra una Pieza hecha por muchos. Algunos Amigos de buen gusto han celebrado el merito del Autor con las siguientes Poesìas.

Ad Nicolaum Moratinum
De ejus Tragœdia Hormesinda
J. I. Reg. Biblioth.

Magnus ut Hesperiæ Regnum novat *Hormesindæ*
Frater: ita & Scenam tu, *Moratine*, novas.

CASIMIRI GOMEZII ORTEGÆ, PHILOS. & Medic. Doctor. Bonon. de eádem Tragœdia.

Epigramma.

Haud visa est felix magis *Hormesinda*, *Munuzæ*
Dum vitat structos jam moritura rogos;
Quám dum, materies *Moratini* digna cothurno,
Scenæ ausa est priscum restituisse decus.

Aliud.

Euripidem jactet, jactet Gens Graja *Sophoclem*,
Grandiloquo *Annæo* gaudeat & Latium,
Cornelium Galli jactent: Hispania posthac
Jactabit Vatem te, *Moratine*, suum.

IN BEN DOVUTA LODE

DEL SIGNOR

DON NICOLA MORATINI,
Poeta Arcade, Autore dell'
Ormesinda.

SONETTO.

S' apron le Scene, e di dolcezza pieno
Mentr' ode il vulgo forsennati amori,
Sensi di falso onor, sogni, ed errori,
Sugge coi molli versi il rio veleno.
Ma se avvien poi, che sien ritratti appieno
Gli umani affetti co' natii colori,
Sia 'l vizio oppresso, virtù s' alzi, e onori,
Chi non s' infiamma d' onestate il seno?
E s' uom nol crede, ascolti il nuovo stile
Di quella, onde a ragion puoi gire altero,
Bella Ormesinda tua, Spirto gentile:
Che non vedrà senz' arder di virtute,
Ne' carmi tuoi, da onore, e valor vero
Nascer la gloria, e la commun salute.

Il Dottor Conti.

HOR-

HORMESINDA,

TRAGEDIA.

PERSONAS.

PELAYO.	*Vicente Merino.*
HORMESINDA.	*Señora Maria Ignacia Ibañez.*
TRASAMUNDO.	*Joseph Espejo.*
GAUDIOSA.	*Señora Mariana Alcazar.*
ELVIRA.	*Señora Vicenta Cortinas.*
FERRANDEZ.	*Eusebio Ribera.*
MUNUZA.	*Simon de Fuentes.*
ZULEMA.	*Thomàs Carretero.*
TULGA.	*Vicente Galvàn.*
	Guardias de Munuza.
	Guardias de Pelayo.

La Scena se representa en una Sala del Alcazar de Gijòn.

La Musica de los entre Actos adaptada al asunto, es del Maestro D. Antonio Rodriguez de Hita.

ACTO I.

SCENA I.

HORMESINDA. ELVIRA.

ELVIRA.

BElla Hormesinda, templa el sentimiento,
suspende tu continuo, y triste llanto;
da lugar al consuelo, amada, y tanto
no llores, y suspires, afligida.
Mucho tardar no puede ya tu hermano
en bolver à Gijòn: su brazo heroyco
dexarà la insolencia castigada
del tyrano Munuza: tù vengada
por su acero serás: no desconfies,
y buelve à serenar el rostro bello,
que contemplan los miseros Christianos
como unica señal de su fortuna.
La miseria en que gimen importuna
consuelan con mirarte como hermana
de Pelayo, su asylo, y su esperanza;
y asi, porque su aliento no desmaye,
suspende el llanto, esfuerza la alegria.

HOR-

d.HAÑ

HORMESINDA.

Cómo podrè alegrarme, Elvira mia,
ni cómo facil es que se consuele
la infelìz Hormesinda, que infamada
se mira por un barbaro villano?

ELVIRA.

No es qual juzgas tan aspero tyrano,
su mucho amor cegò su entendimiento,
y atropellò con fino atrevimiento
por lo que otro Galàn no atropellára
que no fuesse tan ciego, y tan amante;
pero te diò satisfaccion bastante
en el modo que pudo, pues usano
solo aspirò à la dicha de tu mano.

HORMESINDA.

Y cómo era posible que pensára
un Moro vil, infame, y atrevido,
entre tostados Arabes nacido,
llegar à conseguir fuera su Esposa
la hermana de Pelayo? El Gran Pelayo,
que en las funestas margenes del Lete
al Africano Exercito fue rayo.
Un Moro, que en escuela abominable
los Dogmas aprendiò torpes, y rudos,
con que enseña falàz su errada Secta
la falsa Religion del vil Profeta,
pudiera presumir que una Christiana
le admitiera por digno de sus brazos

sa-

ſacrilega con no licitos lazos?
Ay Elvira! mi barbara fortuna
diò tanta libertad à ſu deſeo,
ſin poder los Chriſtianos reſiſtirlo.
El verme en el ultrage que me veo
le preſtò alientos. Quién me lo dixera
à mì, quando el obſequio deſdeñaba
de tanto Conde Godo? Quando fiera
deſpedì Eſpoſos nobles en la Galia,
y me neguè à los Principes de Italia.
Ah memoria! Ah memoria! què tormento
tan barbaro me das! No ſoy yo aquella
por quien mas de una vez la Real Toledo
de Principes auguſtos ſe poblaba?
No ſoy la que los ánimos prendaba
à un tiempo de los Godos, y Eſpañoles?
Pues cómo (ay de mì!) pudo un falſo Moro
prender mi libertad con torpe nudo?
Cómo aſpirar à ſer mi Eſpoſo pudo
quien no merece ſer Eſclavo mio?
Yo, de la ſangre Aſtura deſcendiente,
con la Real caſa Goda emparentada:
Yo Eſpañola, y Chriſtiana: Yo hija amada
de Luz, y de Favila: Yo heredera
de mil Cantabros Pueblos, y Aſturianos,
que la vida expondràn por ſu Señora,
y en cautiverio vil me miro ahora!

ELVIRA.

Consolarte, Señora, ya procura.

HORMESINDA.

Que asi se ha malogrado mi hermosura!
O Cielo Santo! O temeroso dia!
què lobrego amanece! què funesto
à una Alma triste agena de alegria!
Ay! cómo yo me acuerdo del pasado
tiempo felìz, en que hasta el Rey Rodrigo
se viò por mi desdèn martyrizado!
Quántas veces de embidia fue tocada
con desesperacion la hermosa, y linda,
aunque infelìz, bellisima Florinda!
Quántas veces de mì fue reputada
por infelìz! Mas ay! O quántas veces
vengo à ser yo mas que ella desdichada!
Es esta la fortuna que embidiaron
quando mis fieros emulos juzgaron
que el Thálamo Real yo le ocupase,
despreciadas las prendas de Egilona,
y estimè en poco entonces la Corona!

ELVIRA.

Consuelete, Señora, la desdicha
comun que lamentamos: no eres sola:
yà ves la Nacion inclyta Española
en su Patria cautiva, y sojuzgada
por la canalla vil que Africa embia:

Quièn

Quièn ignora el conflicto, y agonìa
de aquella horrenda, y pertinàz batalla
que de nueſtra priſion la cauſa ha ſido?
Hay por ventura alguno, à cuyo oìdo
nueſtra infelicidad no haya llegado?
No ſe eſcucha en deſierto, ni en poblado
ſino quejas, y miſeros lamentos
de Madres infelices, y de Eſpoſas,
que vagando afligidas, y lloroſas
en vano con ſu voz hieren los vientos.
Los hijos de los Padres ſeparados,
en hondas, y obſcuriſimas mazmorras
lloran ſu deſventura encadenados:
Los Templos, los Altares profanados
ſirven ya de peſebres, y Mezquitas.
No huvo infamias horrendas, ni malditas
que no exerciеſe el barbaro Enemigo;
mas ſu culpa aſegura ſu caſtigo,
pues Dios no ſufrirà por mucho tiempo
tanta proſperidad en un Tyrano.
Acaſo no eſtà lexos ya tu hermano
en cuyo amparo el Cielo ſe deſvela,
y èl pondrà fin à tu dolor acervo.

HORMESINDA.

Eſa eſperanza ſola me conſuela.
Mas què dirà (ay Elvira!) quando llegue
à comprender Pelayo mi deshonra?

Què

Què dirà quando entienda que engañado
con fingidas promesas, fue embiado
à Cordova à tratar aleves paces?
Ah Munuza! Ah Munuza! què bien haces
en alejarle asi! Mas què sangriento
Catastrophe te espera! Quán sediento
de sangre arrancarà la espada fuerte:
el estrago menor serà tu muerte.
Pero con què verguenza irè delante
de Pelayo á contarle mis afrentas?
En vano, en vano, ò corazon, intentas
esforzarme á decirlo; mas si callo
muerte, y infamia en mis silencios hallo.
Toda soy confusion, horror soy toda.

ELVIRA.

Munuza y Tulga, de la sangre Goda
bastardo descendiente, y renegado
de la Christiana Ley, que ha abandonado,
ácia aqui salen.

SCENA II.

MUNUZA. TULGA, y dichas.

MUNUZA.

Adorada Infanta,
te vas porque yo vengo? Què te espanta?

No

No me presentò del azero armado
feròz Guerrero con semblante ayrado;
sumiso busco tu Real clemencia
para lograr el fin apetecido
porque tanto anhelaron mis deseos
de nuestros empezados Hymeneos.

HORMESINDA.

Munuza, si con fuerza, y rito impìo
puedes llamarte al fin Esposo mio,
què mas quieres de mì? Ya se ha acabado
quanto en mí cabe: y ojalà no fuera
jamàs nuestro Hymeneo comenzado.
Permiteme llorar: si mi hermosura
es contigo qual dices poderosa,
dexame lamentar mi desventura.
Imaginas què poco has conseguido?

MUNUZA.

Juzgo, que nada, ò que muy poco ha sido
mientras no logre ver tu rostro bello
bañado en alegria. Què? Es posible
que aun no obligò à tu amor la aficion mia?
Que no te he de mirar sin confusiones,
sin lagrimas, suspiros, ni lamentos?
Que no han de tener fin tus sentimientos,
que acrisolan mi amor, y fe? Que nunca
con parpados enjutos he de verte?

HORMESINDA.

Veràs primero mi violenta muerte,
que un agrado: mi Ley no lo permite:
antes al centro infiel me precipite
mi desgracia, que yo dè seña alguna
de no acusar tu arrojo temerario.

MUNUZA.

Yo, Hermosinda, juzguè muy al contrario
de mi amor verdadero, y tu nobleza.
Juzguè que mas prudente tu belleza
no olvidarìa el blasòn de agradecida:
sè que de mi piedad es dòn tu vida,
y no lo reconoces.

HORMESINDA.

Ah inhumanos!
que en no matando, imaginais dar vida!
esta es la condicion de los tyranos,
y esta es, Moro, la tuya.

MUNUZA.

Yo amoroso
no he podido hacer mas que ser tu Esposo,
y tù me has despreciado: el gran Mahoma
me es Testigo fièl, que abandonada
mi lealtad, y fé, de estas Regiones
te quise hacer jurar Reyna, y Señora,
poniendo afectuosisimo en tu mano
el Cetro del Calipha Soberano,

quan-

quando abatí à peſar de tu fortuna
à tus pies mi ſobervia, y media Luna.
Eſtas ſon las injurias recibidas
por mí, y en recompenſa tù me premias
con no correſpondientes galardones.

HORMESINDA.

No malogres, Alcayde, tus razones
con quien no entender puede ſu eficacia,
pues no ſoy yo abſoluta: tengo hermano,
y acaſo de Gijòn ya eſtà cercano.
El ſabrà tus razones, y las mias,
y pues en tu bondad tanto confias,
de tus obras eſpera ciertamente,
que el premio te darà correſpondiente.
Vamos, Elvira.

ELVIRA.

Sigote, Señora.

SCENA III.

MUNUZA. TULGA.

TULGA.

Querràs, Señor, deſengañarte ahora?
Eſtas ya ſatisfecho? No conoces
la indomita ſobervia de eſta gente?
Deſpechada, què dudas que ella intente
ſino tu perdicion? No gran Munuza,

tengas seguridad de tu enemigo,
tu vida la asegura su castigo.

MUNUZA.

Yo le prometo, y tal, que asombro sea
de mugeres ingratas à la dicha,
que en ellas Alà Santo en vano emplea.

TULGA.

Y aun si evitar pretendes tu ruina,
fuerza es que muera, y tu rigor se abona,
pues muger ofendida no perdona.
No advertiste quàn fiera, y confiada
pone las esperanzas en su hermano?
No te hè dicho mil veces que es en vano
con la santa piedad rogar à gentes
que ponen en las armas su fortuna?
Menguarà la triumphante media Luna
si olvidas el rigor, y sino arrancas
de raìz la semilla aqui escondida
en la fragosidad de estas montañas.

MUNUZA.

Nuevo asombro he de ser de las Españas.

TULGA.

La reconciliacion jamàs esperes
con ellos, pues su ley se lo prohibe.
Rencor eterno en sus entrañas vive,
y yo siempre juzguè por sospechosa
la condicion altiva de Pelayo.

MUNUZA.

Desde que en campos de Xerèz fue rayo
destrozando las huestes Africanas,
no sè con qual horror, con qual asombro
contemplo su semblante: me parece
que algun terrible fin me vaticina;
mas yo pondrè por obra su ruìna
segun hemos tratado: ya, qual dixe,
por la postrera vez la he suplicado,
y al ver tanto desdèn, el amor mio
en aborrecimiento se ha trocado.

TULGA.

A estas gentes irrita la clemencia
en lugar de obligarlas: no presumen
que cumplen con su ley, sino aborrecen
con mortal ódio à quantos Agarenos
siguen el Alcoràn de tu Profeta.
Jamàs entre ellos sin desprecio, y rábias,
escandalo, y horror tu nombre suena.
No presumas que ignore ya Pelayo
quanto ha pasado: acaso la venganza
viene sobervio ya premeditando.

MUNUZA.

Y qué aprovecharà su atrevimiento
contra el poder de la Africa, que rijo
como Gobernador de estas Regiones?
Vive Alà sacrosanto, que al momento

que llegue, ha de sufrir violenta muerte
à los agudos filos de mi alfange.
Ni imagine tampoco que no alcance
à su hermana ingratisima mi furia.
No blasonarà indemne de la injuria
que hizo en mì à toda la nacion Alarbe
Tulga: por mas horrible, por mas grave
que el lance llegue à ser, tendràs aliento
de apoyar mis vastisimas ideas?

TULGA.

Espero, gran Munuzà, que aun no creas
lo que obrar me veràs: tan grandes cosas
de mi altivéz, y espiritu prometo!
pues ya previne las fingidas letras,
de lo qual soy Artifice excelente.

Mostrando unos papeles.

MUNUZA.

Pues yo à disponer voy, que con secreto
mis ordenes se cumplan.

TULGA.

Me es muy facil
saber el corazon de los Christianos,
pues aunque abandoné sus ritos vanos,
les hà mi fiel astucia persuadido
que solo soy Apostata fingido,
por penetrar la mente del Calipha,
y à su intento servir con el secreto.

MU-

MUNUZA.

Premiarè con los brazos de Xaripha
tu lealtad : Yo, yo te lo prometo.

SCENA IV.

TULGA. TRASAMUNDO.

TRASAMUNDO.

Si como dices, Tulga, son tan sanas
tus internas ocultas intenciones,
recibe el parabien : Ya à estas Regiones
el Cielo nos conduxo al gran Pelayo.
Como quien buelve de un mortal desmayo:
los miseros Christianos foragidos
recobran los espiritus perdidos
solo en ver à su Principe.

TULGA.

Y es cierto
que Pelayo de Cordova ya ha buelto?

TRASAMUNDO.

Pues què no lo acredita mi alegria?
No te lo dice el corazon, que viene
quien nos ha de librar de tyranìa?
No te alegras que al fin haya venido?

TULGA.

Noticia para mì gustosa ha sido;

mas dilatar no puede mi fineza
el ir á saludarle. Trasamundo,
permiteme ir à ver à nuestro Infante.

SCENA V.

TRASAMUNDO. GAUDIOSA.

GAUDIOSA.

Cosa notable hà sido, que al instante
Pelayo echò de menos à su hermana.

TRASAMUNDO.

No lo estraño, Gaudiosa, pues la sangre
avisa al corazon: Què cortesana,
y dulcemente hablò! Pero aqui viene.
Mira, hija mia, al joven valeroso,
restaurador insigne de su Patria,
que el Cielo destinò para tu Esposo:
haz reverencia al Principe de España.

SCENA VI.

PELAYO. FERRANDEZ, y dichos.

PELAYO.

Mi admiracion, Ferrandez, no es estraña.

FERRANDEZ.

Aùn no sabrà Hormesinda que has venido.

TRA-

TRASAMUNDO.

Nueſtro muerto placer ha revivido
con tu preſencia: ya las eſperanzas
de libertad renacen: què tardanzas
tan largas nos privaron de tu viſta?

GAUDIOSA.

Deſde antes de la barbara conquiſta
no lograron mis ojos el conſuelo
de mirar tu ſemblante.

PELAYO.

Sabe el Cielo
quàn importunamente le he rogado;
pero ay de mì, Princeſa! quán diſtintos
eſtàn los tiempos! Quánto yo he paſado
haſta llegar à conſeguir el verte!

GAUDIOSA.

De nueſtra adverſa deſgraciada ſuerte
cuentame los ſuceſos laſtimoſos,
pues no te puedo oìr otras razones,
y te hallaſte preſente: dì, Pelayo,
de aquella pertinàz batalla horrenda
el conflicto, la anguſtia, y el deſmayo.
Refiereme quàn barbaras Naciones
acaudillaba el arrogante Muza.
Quièn fue aquel que empezò la eſcaramuza,
y el primero rompiò nueſtras legiones?
Con què armas Alcamàn reſplandecia?

Cò-

Cómo eran los cavallos que trahìa
de Arabia, y Perfia el Humaní fangriento
Quién fue Olit? Quán robufto, y corpulen
era el Caudillo? Cómo governaba
las inmenfas Phalangues que mandaba?
Relatame, por fin, quantos eftragos,
quantos horrores, quantos homicidios
haya hecho fin piedad con mano impìa
por caftigo del Cielo acà embiado
Tarif, fobervio, y barbaro Soldado.

PELAYO.

Por què me mandas que renueve el trifte
lamentable dolor de aquella Hiftoria,
que firve de martyrio à la memoria;
pues tù lo fabes, y lo fabe el Mundo?
Ni quién podrà fin lagrimas amargas
referirte, Princefa, la agonía,
y el lamentable eftrago de aquel dia?
La piedad, y el horror confufamente
retiran de mi lengua las palabras:
Ni es pofsible tampoco que yo cuente
tanta calamidad, afombro tanto.
Vieras alli mezclarfe con efpanto
los unos, y los otros, confundiendo
armas, y infignias con atròz deforden,
y en infernales coleras ardiendo,
alli en fangriento eftrago fe miraban

mil

mil laſtimas, mil generos de muertes:
Alli los mas robuſtos, y mas fuertes
en tierra con furor ſe revolcaban.
Siete veces el Sol, ſiete la Luna,
ſin ceſar admiraron el combate
de que perdiò el aumento, ò el remate
de la Africana, y Gotica fortuna:
Haſta que (ay Cielos!) al octavo dia:
O dia triſte! O lugubre funeſto
indigno de la luz del Sol divina!
Quién baſtarà con lagrimas, y voces
à ponderar el horroroſo eſtrago
de aquel dia infelìz, y deſaſtrado,
que ojalà nunca entre los otros cuenten,
y perezca en olvido ſepultado,
pues en èl ſolo ſe amancillò toda
la altivèz, preſuncion, y pompa Goda?
Al dia octavo: O Cielo! O fuerte impìa!
me horrorizo diciendolo: O amada
Patria infelìz! O Eſpaña deſgraciada!
O gloria Goda! O generacion fuerte
de temidos varones! O Rodrigo!
O amor impuro, origen del caſtigo!
O antigua Religion! O culto ſanto!
No puedo referirlo ſin que el llanto
confunda mis acentos: el infame
traydor Julian Apoſtata, y los hijos

del

del lascivo Witiza, y el Prelado,
que entregò al voràz lobo el fiel ganado,
pasaronse al contrario. Desde entonces
fue la ruìna total de los Christianos:
en montes transformandose los llanos,
de acinados cadaveres son pira.
Muriò alli Atanagildo por la ira
del furioso Alboàl: muriò Ildefonso
al rigor de Muley: mi primo Andeca
el anima exalò por el impulso
de la diestra fatàl del vil Audalla.
O Almas nobles! que en esta cruel batalla
no al valor, sino al numero cedisteis,
mi desesperacion, y arrojo visteis:
No vivo de cobarde: sed testigos
de que no evitè el riesgo mas urgente.
No sè si fue cruel, ò fue clemente
conmigo el Cielo: entonces no le plugo
llevar mi vida: quiso que yo solo
quedase por testigo del sangriento
destrozo lamentable de mi Patria.
Me abalanzè mil veces con intento
de morir, ni temblaba aunque mil veces
contra mi pecho viese ya enrristrada
la lanza del Tarif ensangrentada.
Mas tù preguntaràs, quàl haya sido
el suceso del Rey: en tanto tiempo

omo durò el combate, ni podido
verle yo havia: al fin se me presenta
casi al morir la luz del postrer dia.
Pero hà Cielos! qué horrible, y demudado!
Ay de mì qual estaba! y quán trocado
de aquel Rodrigo, à quien Toledo Augusta
viò en las fiestas de galas adornado!
La faz terrible, pálida, y adusta,
todo sangriento, y del sudor, y el polvo,
y heridas con horror desfigurado.
La barba hierta: sucio, y erizado
tenia el cabello, que empapado en sangre,
agena, y propia en hilos destilaba.
Lloroso, triste, acongojado estaba
con el manto Real todo rasgado,
y la Corona ya no la tenia.
Del Carro de marfil saltado havia,
porque grandes montones de difuntos
el curso de las ruedas impedian,
y con largos gemidos, y profundos
tristisimos suspiros, sollozando
dice: O Pelayo! todo lo perdimos:
fuimos un tiempo Godos, y vencimos:
fue Toledo, fue España, fue Rodrigo;
mas Dios de mi lascivia por castigo
contra mí levantò quantas Naciones
la media Luna, en Africa, y en Asia

tre-

tremolan en ſus barbaros Pendones
à Damaſco de Syria, y à la Arabia
el Gotico poder ha trasladado.
Huye, hijo, de Favila, que encargado
te dexò el Reyno: tú eres la eſperanza
de nueſtra Religion, que yo he perdido;
mas voy por mi caſtigo merecido,
pues injuſto violè las Sacras leyes,
y en mi infortanio eſcarmentad, ò Reyes!
dixo, y viendo à Tarif quan orgulloſo,
con homicidios mil, iba inſolente
gritando furibundo, à grandes voces
dando aliento á ſus barbaros Soldados,
para mas no bolver ante mis ojos
à matarle, ò morir determinado:
por el tropèl de las confuſas armas
batiò el hijàr à Orelia ſu cavallo,
y ſe arroja al contrario, poderoſo,
audáz, deſeſperado, y eſpantoſo;
y à todas partes que me buelvo, veo
mezclarſe con mil llantos la ruina
del vando fiel, y el barbaro troféo.
Por el campo tendidos ſe veian
cuerpos de Capitanes, de Magnates
deſpedazados, y ſangrientos buſtos,
cadaveres de jobenes robuſtos.
Guadalete en ſus ondas rebolvia

tur-

turbio ya con la sangre, los Penachos,
los Cavallos, y Escudos de Varones.
Ya el furor de las Arabes legiones,
roto el Campo, el Monarca fugitivo,
cebada el anſia en ſu riqueza inmenſa,
tenia por el ſuelo deſtrozadas
las Tiendas de Rodrigo ſaqueadas.
Pero por què en contarte me detengo
el ſucceſo fatal? La gente Goda,
que la Roca Tarpeya humillò un tiempo:
La que invencible ſojuzgó, poniendo
coyunda à la cervìz del capitolio,
cayò abatida: fue el honor perdido:
la Patria à eſclavitud ſe ha reducido,
con mortandad horrible de ſus fuertes
hijos amados: la Religion Santa,
que nueſtros Padres con fervor, y tanta
veneracion ſiguieron tantos años,
todo violado fue por los eſtraños;
y aſsi lloran ſus hijos profanados
los Templos Sacroſantos: los Altares,
y los Vàſos Divinos ultrajados:
violadas las purezas virginales;
y la Nacion cautiva, y aherrojada
en poder mas ſacrilego, y tyrano
(ſin que Dios ofendido ſe lo eſtorve)
de la Nacion mas barbara del Orbe.

To-

Todo, al fin, se perdiò ::: Pero què es es
Princesa te enterneces? Y vosotros
sentìs tambien el pecho lastimado?

TRASAMUNDO.

De què generacion serà engendrado,
de quál Osa fierisima nacido,
qualquiera que no se haya enternecido
haviendo nuestra lastima escuchado?

FERRANDEZ.

Yo estoy absorto, y todo conturbado.

GAUDIOSA.

No puedo mas con mi dolor: O Patria!
O antigua libertad! O Rito santo!
dexadme retirar porque yo sola
la rienda suelte amargamente al llanto.

SCENA VII.

PELAYO. TRASAMUNDO. FERRANDEZ.

TRASAMUNDO.

Si aqui finalizára el desconsuelo,
fuera el daño mayor: Pero ah Pelayo!
que aùn hay mas grande mal.

PELAYO.

Señor, què dices?

FERRANDEZ.

Mayor mal, Trasamundo, es imposible.

PE-

PELAYO.

Que aùn tiene fuerzas el rigor del hado!

TRASAMUNDO.

Eſe gran corazon acoſtumbrado
prevenle para el golpe mas horrible,
que acaſo nunca havràs imaginado.

PELAYO.

Si el haverſe mi hermana retirado
de mi preſencia à tiempo que yo vengo
es indicio fatal: ya me prevengo
à morir de dolor: mi vida acabe
al barbaro rigor de mal tan grave:
Dì, Traſamundo, que te oyrè conſtante.

TRASAMUNDO.

Hay coſas que es preciſo dilatarlas,
y aſi perdona mi ſilencio, Infante,
que el reſpeto, y la afrenta me acobardan.
La cauſa de eſte mal, Munuza, ſabe:
de èl te importa ſaberlo: mejor puede
que ninguno informarte.

PELAYO.

Santos Cielos!
què mas quereis de mì? No me baſtaba
ver lo viſto llorar lo que he llorado;
ſino que quando al Puerto ya he llegado
juzgando hallar bonanza fugitivo
de la Mar borraſcoſa, y turbulenta,

encuentro aqui mas braba la tormenta!

ACTO II.

SCENA I.

PELAYO. FERRANDEZ.

FERRANDEZ.

No te entregues, Pelayo, al ſentimiento
con tal obſtinacion: nueſtro contento
eſtriva ſolo en tì: tu roſtro miran
los miſeros Chriſtianos, que ſuſpiran
en vil eſclavitud, y ſi afligido
te imaginan, ſu zelo, ſu eſperanza,
y todo ſu valor eſtá perdido.

PELAYO.

Si con la muerte el mal que me amenaza
pudiera remediar, dichoſa ſuerte
fuera la mia en conſeguir la muerte.

FERRANDEZ.

Munuza de ſu gente acompañado
viene ácia eſte lugar: el retirarte
diſcurro que ſerá mas acertado.
No ſin la pompa, y tren correſpondientes

de

de dádivas, esclavos, y presentes
llegues à su presencia: mucho abona
la ostentacion, y fausto à la persona.

SCENA II.

FERRANDEZ.
MUNUZA. TULGA. ZULEMA.

FERRANDEZ.

Pelayo, mi Señor, de su Embajada
acaba de llegar, y la licencia
aguarda de ponerse en tu presencia.

MUNUZA.

No solo à mi permiso, à mi deseo
Pelayo es acrehedor: dì, que impaciente
el rato vivirè que no le veo.

FERRANDEZ.

Vendrà à gozar tal dicha prestamente.

SCENA III.

MUNUZA. TULGA. ZULEMA.

MUNUZA.

Ah! còmo sus freneticos intentos
le atajarè yo pronto! Ah! quán ufano
le abatirè los altos pensamientos!

ZULEMA.

Todo quanto emprendieres, gran Munuza,
ſerà à tu valor facil: mi perſona
tus ordenes aguarda ſolamente
para que al vil Chriſtiano, al inſolente
necio deſpreciador de ſu fortuna
dè á entender, que à la Cruz de ſu Profta
del nueſtro humillarà la media Luna.

MUNUZA.

Su exterminio fatal he decretado.

ZULEMA.

La beldad que Pelayo ha deſtinado
para ſu Eſpoſa, ocuparà mi lecho,
de todos los Chriſtianos á deſpecho,
ſi me ayuda el poder del gran Mahoma.
Mi corazon terrible ſolo doma
ſu viſta ſoberana, deſde el punto
que acaudillando la valiente Tropa,
que el ſagrado Alcoràn à fuerza de armas
introduxo en los terminos de Europa,
ſu Palacio abrasè, que en las Montañas
pueſtas al Septentrion de las Eſpañas
era defenſa à foragida gente;
pero ah Cielos! y quan mas vorazmente
mi pecho ſe abrasò con ſu hermoſura!

MUNUZA.

Zulema, el lograr de ella te aſegura

el

el ſuceſo felìz, que pronto eſpero.

TULGA.

Si el parecer admites, que te ha dado
tu mas fiel, y ſumiſo conſejero,
preſto, Munuza, te veràs vengado.

MUNUZA.

Su exterminio fatàl he decretado:
el diſsimulo importa ſolamente.

SCENA IV.

PELAYO, *con varios preſentes.* MUNUZA. ZULEMA. FERRANDEZ. TULGA, *y acompañamiento de Moros, y Chriſtianos.*

PELAYO.

Gracias, Señor, al ſumo Omnipotente,
que ſalvo à tu preſencia me conduxo.

MUNUZA.

Pelayo: Alà te ſalve: no reuſes
admitir fino los eſtrechos lazos
con que te brindan mis amantes brazos.

PELAYO.

En ellos ſe confirme la firmeza
de nueſtra amiſtad fiel, de la alianza,
y confederacion eſtablecida
entre noſotros. Alahor, que el mando

eſtà en nombre de Ulit exercitando,
por ſubſtituto ſuyo en las Eſpañas
ſalud, y paz de Cordova te embia.

MUNUZA.

A Alahor, y à Pelayo la fé mia
ſiempre agradecerà lo que es debido.

PELAYO.

Pequeña mueſtra de ſu amor ha ſido
la fineza que ves: con ſer tan grande
es menor que ſu afecto.

MUNUZA.

La fineza
mayor que pudo hacerme, fue embiarme
un Amigo tan fiel, que tanto eſtimo.
Pero ah Cielo! Por què no permitiſte
que reciba à Pelayo menos triſte!

PELAYO.

Què te altera, Munuza? Què? Imaginas
que acaſo han blandamente afeminado
las delicias de Cordova mi pecho?
De nueſtra amiſtad firme el nudo eſtrecho
aflojas, fino rompes, acuſando
mi falta de valor con tu triſteza.
La pena mas horrible, la fiereza
de todos los abyſmos conjurados
en vano aſaltarán mi pecho heroyco
à poder de trabajos inflexible.

MU-

MUNUZA.

Sé tu valor, tu eſpiritu invencible,
y tu ſangre real: eſo me anima
á no eſcuſarte el golpe mas horrible
que imaginado havràs: no lo fiàra
de menor corazon, aunque importára
mas, ſi poſible fuera, ni á otro alguno,
aunque igual amiſtad con èl tuviera.

PELAYO.

No me tengas ſuſpenſo, ni impaciente.

MUNUZA.

Tulga, Zulema, retirad la gente,
y todos deſpejad.

PELAYO.

Ferrandez, pronto
mandalos apartar.

SCENA V.

MUNUZA. PELAYO.

MUNUZA.

Eſtamos ſolos?

PELAYO.

Segun parece nadie nos eſcucha.

MUNUZA.

Verás ſi de tu mal la cauſa es mucha;
pero es tal, ò Pelayo! que recelo

que mi verdad peligre en tus oìdos,
pues no parecen tal, sino fingidos
por maligna traycion de Amigo falso
los sucesos que oyràs, si valor tienes
de escuchar una infamia tan horrenda.

PELAYO.

Una infamia! Què es esto! Tan tremenda
es mi suerte, que aun juzgas que me falte
constancia para oìrla! Que es posible
que no me faltò el animo, aunque viese
el ultimo conflicto de mi Patria!
Que hè visto con aliento no turbado
mi sangre derramar! Que vi mi estado
con fuego arder: mis gentes degolladas:
Cautivos los Christianos infelices:
Las Basilicas santas profanadas,
y nunca me faltò valor heroyco;
y aun de mì dudas! Cómo tanto tarda
siendo tan grande el daño que me aguarda?

MUNUZA.

Pues, gran Pelayo, no de alevosìa
quiero que acùses tù la amistad mia,
que lo fuera muy grande mi silencio:
Tu persona, y estirpe reverencio,
y no es bien que un borron en tì consienta.
Hormesinda, tu hermana, poco atenta
al decoro, y blasòn de su prosapia,

que

que à coſta de peligros tù mantienes,
fragil como muger, de los deſdenes
no ſe armò, qual debiera: eſto fue cauſa
de que (tu honor manchando) cometieſe
el mas torpe, y mas vil de los deslices.

PELAYO.

Tente, Munuza barbaro! Què dices?

MUNUZA.

Conoceràs las firmas de tu hermana?
pues por ellas ſabràs....

PELAYO.

Será poſsible! ....
Mi hermana infiel! Què horror! Què dices,

MUNUZA. (Moro?

Me eſtremezco al decirtelo: Confieſo
que es noticia cruèl; pero por eſo
te la dice un Amigo.

PELAYO.

Cielo Santo!
mucho mal eſperaba; mas no tanto.
Para eſto de las armas eſpantoſas
tu piedad me librò? Para eſte golpe
conſervaſte mi vida? O! quànto fuera
mejor morir en la batalla fiera,
que no ver mi deshonra! O Dios eterno,
porque no fue à Pelayo permitido
quedar en Campos de Xerèz tendido,

donde tantos Varones eminentes
murieron por la Patria : donde yace
en flor el hermosísimo Leandro,
Theodoro, y Ranimiro, y los valientes
Iñigo, y Sancho! O! Jarafin sobervio
el mas cruel del Exercito Africano,
por què no exalè esta ànima mezquina
al rigor de tu invicta, y diestra mano?
O por què no despedazò mi cuerpo
quando con filo agudo, y radiante
tantos Christianos miseros desgarra
de Tarif la espantosa cimitarra?
O la tuya, Alboàl, Capitan bravo
de los fuertes Maliques Alabeces?
O! bien aventurados muchas veces
los que alli fenecieron trastornados
de las sangrientas turbulentas ondas
del Guadalete, que llevò con saña
tanto cuerpo difunto al mar de España!

MUNUZA.

Pelayo, à tus promesas corresponden
esos estremos mal : no blasonabas
de corazon de porfido invencible?

PELAYO.

Quién pensàra que pena tan horrible
me huviese de asaltar? La muerte fiera,
de barbaros tormentos motivada,

es lo que yo no tèmo: horror mas grande,
si acaso puede haverle, desprecíaba;
pero tanto dolor no imaginaba,
ni à mi nobleza obliga el sufrimiento.
Mas cómo sin vengarme ni un momento
puedo vivir? Pero, Munuza, dime:
Es posible, que es cierto, que no hay duda,
que no te has engañado, que evidente
es quanto de Hormesinda me has contado?

MUNUZA.

Es el suceso tal, que yo no en vano
de mi verdad juzguè que dudarias:
Pero dime, Pelayo, te confias
de la fiel amistad que te profeso?

PELAYO.

Sè tu amistad, y mi desgracia, y eso
me confirma en mi mal: Què pena fuera
la que á mi corazon no acometiera?
Quál dolor me faltò para acabarme?

MUNUZA.

Aunque para contigo acreditarme
no necesito apoyo, es buen testigo
de mi verdad, Zulema.

PELAYO.

Qué? Zulema
tambien lo sabe ya? Que tan estrema
es mi infelicidad, que aun el consuelo
de ser oculta me ha negado el Cielo!

Y qué infame he de ser publicamente!

MUNUZA.

Conozco tu razon: no me consiente
mi amistad verte con serenos ojos.
Verás las firmas, de mi fé testigos,
y Alá Santo dirija tu venganza.

SCENA VI.

PELAYO. FERRANDEZ.

FERRANDEZ.

Y á tu infiel pecho el hierro de mi lanza.

aparte.

PELAYO.

Què es lo que me sucede! Acaso el Cielo
conjurò contra mì todos los males
para rendir mi pecho solamente!
Tan grande es mi sobervia! Tan valiente
contra el Cielo mi espìritu he mostrado,
que tanto en abatirle se ha empeñado!
Què no basta un dolor para rendirme!
Què tantos han de ser, y los mayores!
Mas cómo inutilmente mis furores
Al ayre desperdicio? Cómo tengo valor
para mirarme? Cómo un punto
vivo afrentado? Quien me ofende muera.

quiere irse.

FER-

FERRANDEZ.

Señor, adónde vas?

PELAYO.

El que no quiera
conmigo de leal perder el nombre,
no me detenga.

FERRANDEZ.

Dexa que me asombre
de tal resolucion, y en premio solo
de mis servicios, la atencion merezca
de escucharme un instante.

PELAYO.

Cómo ignoras
la causa de mi mal, y es imposible
quepa en mi boca, aunque en mi pecho cabe,
me intentas detener, si lo supieras
de cobarde à mi brazo reprendieras.

FERRANDEZ.

Ningun dólo, ninguna alevosìa
por Munuza, y los suyos fabricada,
de mi noticia huyò.

PELAYO.

Cómo en Munuza
caber puede traycion, ni en mì consuelo?

FERRANDEZ.

Señor, si escuchas, apiadado el Cielo

qui-

quizà abrirà camino.

PELAYO.

Què camino
sin matar, ò morir ha de encontrarse?

FERRANDEZ.

Mas quál obligacion mandò fiarse
de un infiel tan del todo?

PELAYO.

No equivoques
las cosas malicioso: no los ritos,
no la contraria Religion al hombre
con el otro hombre à ser infiel obliga,
ni impide que la ley cada qual siga,
que hallò en su educacion, ò su destino,
(arcano que venero, y no examino)
para que el pecho, à quien razon gobierna,
sensible à la amistad, al fin humano,
corresponda, à pesar del dogma vano.

FERRANDEZ.

Si el pensamiento noble, y generoso,
que adorna la grande alma de Pelayo,
se difundiera en todos igualmente,
pensáras sin error.

PELAYO.

No has escuchado,
que el mismo Trasamundo, que encargado
de Hormesinda quedò, temblò al decirme

su

ſu culpa ? Aun quando fueſe aleve el Moro,
tambien ſerà el Chriſtiano delinquente ?

FERRANDEZ.

Cielos ! què confuſion !

PELAYO.

No me conſiente
mi impaciencia eſperar : : : Pero què miro ?
Què aſombro ! Què furor! Cómo mi hermana
ſe atreve ſin honor... ? Por què liviana
à buſcar mi preſencia ?

FERRANDEZ.

Gran Pelayo,
eſperanza, y blasòn de nueſtra gente:
ſi eres heroyco, ſi qual firme rayo
de Luz, de Cindaſuintho, y Recaredo,
la iluſtre ſangre enardeciò tu pecho,
dame palabra de eſcuchar templado
la razon de Hormeſinda, ò de tu planta
no me levantarè.

PELAYO.

Deſconfiado
prometo la atencion; mas no es poſible.

SCENA VII.

HORMESINDA. ELVIRA, y dichos.

ELVIRA.

Llega, Señora.

HORMESINDA.

Ay qué dolor terrible
me oprime el corazon! De la congoja
desfallezco temblando: soy de hielo.

PELAYO.

Su delito la aumenta el desconsuelo.

FERRANDEZ.

No es delito el rubor.

HORMESINDA.

Señor::: Hermano:::
Què digo? Ay infeliz!

PELAYO.

En vano, en vano
me apellidas con nombre que aborrezco.

HORMESINDA.

Ay Cielos! Què es de mì! Què no merezco
ni atencion, ni piedad? Què es esto? Cómo
Los ojos vuelves con ayrado rostro?
Hermano! O dulce hermano!

PELAYO.

Infiel hermana.

HOR-

HORMESINDA.

Què nueva anſia! Quál barbaro tormento
de nuevo me acomete! Quando aliento
de mi hermano me diò la confianza,
hallo eſte alivio! Es eſta la eſperanza
que en tì fundè, Pelayo?

PELAYO.

Què mas quieres
que ver que con indigna tolerancia,
viendote ſin honor, mire primero
tus lagrimas fingidas, que tu ſangre?
Pero remedie el vengador acero
mi tardanza, y tu culpa.

ELVIRA.

Cielo ſanto!

HORMESINDA.

Ay de mì!

FERRANDEZ.

Tèn la colera, y la eſpada
por mì, por ella, y la palabra dada.

PELAYO.

Pues ya que de leal, ò de imprudente
me intentas detener, recto Juez quiero
ſu deſcargo eſcuchar: nunca ſe cuente
que hùvo Juez ſordo: ni la mas violenta
paſion obſte al que aſpira à juſticiero.
Mas què diſculpa (ò Cielos!) dar intenta?

Cómo es posible hallarla? O si la hallára!
Què feliz fuera yo! Pero son vanos
inutiles deseos. Dì infelice,
desgraciada muger, que hermana es nombre
que se estremece el labio, si lo dice.
Dì: son estos los frutos de tan grandes
trabajos por la Patria tolerados?
Son estos los laureles deshojados
sobre nuestra prosapia generosa?
Es posible que es esa tu alevosa
sangre, sangre del justo Recaredo?
Què en medio de la colera espantosa
que oprime à tu Nacion, tù iniqua puedas
mirar su ruìna con enjutos ojos?
Què no tiembles de horror viendo despojos
de la muerte à los tuyos? Què à Isidoro,
tu joven primo, en piezas dividieron?
Muriò gritando el bravo Theudiselo
del estrivo arrastrando, y su caballo
le lleva rebolcandose en el suelo.
Què :::

FERRANDEZ.

Escuchala Señor. *Deteniendole.*

ELVIRA.

Piedad, Infante.

PELAYO.

Quàl puede ser satisfaccion bastante

de

de crimen tan horrendo? Asi mantienes
el honor de tu estirpe, que sostengo
à precio de mi sangre, y de mi vida?
Para esto ver de Cordova yo he vuelto,
y Abdalasis mi cuello ha perdonado?
Què en poco tiempo que faltè à tu lado
mas perdiste, que en tantos infortunios
con inmensas fatigas yo he ganado?
O ley barbara injusta! O imprudente
Legislador, que promulgò primero
la ley cruel, que el credito, y la fama,
por la virtud mil siglos conservados
pendan de los volubles pareceres
de la fragilidad de las Mugeres!
Mas no pudo embotar con fieros hados
la punta à las durisimas espadas.

HORMESINDA. (no.
Hermano:: Ay de mì triste! Infante:: Herma-
Yo :: sì :: Què horror! No hay culpa :: Quièn
(penséra:::
Esto esperè :: Este apoyo. Amparo vano...
Triumpharà mi enemigo :: Angustia rara...
Despues de mis desdichas :: Esto solo
faltaba à mi dolor :: Desamparada,
y ofendida :: O rigor! A quièn los ojos
funestos volverè? Ya, ya el aliento

me falta, y yo tambien muero.

Cae desmayada.

FERRANDEZ.

Al momento

socorred à la Infanta.

ELVIRA.

Ay Dios! Ay triste!

Retiranla.

PELAYO.

Sufrirlo puedo apenas; pero viste
qual la puso en el ultimo conflicto
solamente el horror de su delito?
Son Munuza, Zulema, ni los Moros
los que lo dicen solos? Trasamundo,
y ella misma, que es mas, no lo publica
con la propia aficion de su deshonra?
Què suplicio mas fiero à un delinquente
havrà, que hacerle su maldad presente?
Y havrà quien se oponga à su castigo?

FERRANDEZ.

Yo, Señor, te suplico :::

PELAYO.

Què enemigo
aun seràs de mi honor, y mi reposo?
Què mas indicio quieres?

SCENA VIII.

TRASAMUNDO, y dichos.

TRASAMUNDO.

Valeroso
Principe nuestro: pues la ocasion llega
no la malogre, ni vengar dilates
la afrenta de tu hermana. Fue el suceso :::

PELAYO.

Cielos! Otro dolor? Señor, no trates
tan funestos asuntos: la sangrienta
venganza que yo tome, te asegure
de que estoy ya informado de mi afrenta:
no tú me la renueves.

TRASAMUNDO.

Informado
estàs, y con verdad?

PELAYO.

Ya nada ignóro.

TRASAMUNDO.

De lengua fiel?

PELAYO.

El gran Dios que yo adoro
dirijirà mi brazo.

TRASAMUNDO.

Y te parece

que hice bien en callartela?

PELAYO.

Merece
tu lealtad mil premios.

TRASAMUNDO.

Se creyera
delito tan atròz, y abominable?

PELAYO.

Tan ſolo contra mì poſible fuera.

TRASAMUNDO.

Què dirà el mundo? O crimen execrable!

PELAYO.

Veràs oy mi venganza.

TRASAMUNDO.

Mis conſejos,
mis fuerzas, aunque débiles, mis gentes,
eſtamos à tal Principe obedientes.
Y oy ha de ſer?

PELAYO.

Los ultimos reflexos
no verèmos del Sol, ſin que yo fiero
la venganza execute, juſticiero.

TRASAMUNDO.

Diſpon de nueſtros bienes, y las vidas,
que ya ſon tuyas: un deſeo ardiente
reyna en noſòtros de mirar cumplidas
tus venganzas, y verte ſatisfecho.

FER-

FERRANDEZ.

Solo la confusion reyna en mi pecho.

ACTO III.

SCENA I.

PELAYO. GAUDIOSA.
TRASAMUNDO. FERRANDEZ.

GAUDIOSA.

Es posible, Señor, que la fortuna
nos mire tan adversa, que vencidos
peligros tan inmensos, parecia
que fuese à amanecer un claro dia,
y en nuevo horror nos vemos sumergidos?
Que apenas los Altares se ocultaban,
quemado el santo incienso, que ofrecia
por tu llegada, quando ya sus iras
parece que el Abismo ha conjurado
contra nosotros!

PELAYO.

Al corazon fuerte,
Princesa, asi los Cielos han querido,
y asi porque le quieren le acrisolan.

No fuera yo de tu grandeza digno
con menos fieros males agitado.
Aqui te ofrezco un pecho acoſtumbrado
à mas terribles penas que la muerte:
y ojalà que à tus plantas ofrecerte
pudiera, como yo penſè algun dia,
los Reynos de los Godos eſtendidos
deſde la ardiente Libia haſta Narbona.

GAUDIOSA.

Tan ſolo à tu virtud, no à la Corona,
Señor, aſpiro en tì: de mi amor caſto
no ſon precio los Cetros de los Godos,
ni el Imperio Oriental: ſi dable fuera
que yo tus infortunios no ſintiera,
la ocaſion celebrára, que ya tengo
de moſtrar que es à tì, no al poderìo,
ni à la Purpura ſacra el amor mio.

PELAYO.

Baſta, Princeſa: O quièn ſe hallára ahora
digno de tales voces! Mi deſgracia
aùn no es de tan gran bien merecedora.

Vaſe Gaudioſa.

TRASAMUNDO.

Los Aſtures, y Cantabros famoſos,
(Pueblo indomable, eſcandalo de Roma)
à inclinar la cerviz poco enſeñados,
con tardía cadena mal atados,

buſ-

buſcan tus pies humildes, todos claman
por ſu Señor, por todos ſus ancianos
la Religion, la vida, las haciendas,
y el alma depoſitan en tus manos.

PELAYO.

Gran principio ha de ſer à las hazañas
de la reſtauracion de las Eſpañas
mi venganza primero: en eſte dia
dìles que admitirè la grande ofrenda
deſpues que vengue yo la afrenta mia.

TRASAMUNDO.

Corto eſpacio imagino al grande intento.

PELAYO.

Sobra à mi pundonor, ſobra à mi aliento.

TRASAMUNDO.

No deſapruebo el noble ardor; mas dudo
de la celeridad.

PELAYO.

Señor, no dudes,
ni pienſes que la vida conſidero
mas que como caſtigo de mi afrenta,
mientras vive el culpado impunemente.
Ni imagine Gaudioſa, que yo intente
ofrecerla (què horror!) mi enjuta mano
no humedecida con aleve ſangre.

TRASAMUNDO.

Yo admito eſe contrato, sì, y lo juro.

Què

Què grande alma! Què heroyco! Cielo Santo!
Y Vos, Inteligencias Celeſtiales!
en cuya proteccion eſpera Eſpaña,
vueſtra piedad venero: tan del todo
no aniquilaſteis el aliento Godo,
quando en medio de tales infortunios
conſervais, à peſar del Moro ardiente,
juventud tan heroyca, y tan valiente!
Vive dichoſo, ò joven! Quién pudiera
ſeguirte con mas firme, y velòz planta
como en la edad paſada! Quando al Moro,
que ya eſtà à mis heridas enſeñado,
le hice volver al Africa gimiendo,
y el eſtrecho cegué con ſus Navios,
caliente con ſu ſangre, y al Rey Vamba
preſenté de Bucefa el rico alfange.
O quién tuviera aquel antiguo brio,
la juventud gallarda, y floreciente
de aquel tiempo! O què tiempo tan dichoſo!
Quando contra Hilderico ſedicioſo
el juſto Vamba al falſo Conde Paulo
embiò à las Galias, y el aleve Conde
amotinò el Exercito: en perſona
fue el Rey à caſtigarle, y yo à ſu lado,
y el piadoſo Monarca ſolamente
ſe limitò à quitarle el Talabarte,
que à mì me puſo con ſus propias manos,

el

el mismo que del hombro está pendiente.
Veisle aqui, y las insignias, y el Escudo
de su pérfido Dueño: en dias solo
como éste en que Pelayo à vernos vuelve
le uso, al cuidado de esta mi Gaudiosa.
Con èl la vez postrera (ò dolorosa
memoria!) fui à ver al Rey Rodrigo,
que no le he visto mas: Què lozanìa
mostraba yo con èl en algun tiempo!
A Pelayo en un todo parecia:
asi marchaba, y me plantè à ese modo:
asi sobre las armas descansaba
quando alguno me hablò. Mas què simplezas
digo? Perdona, Infante, à un triste anciano,
que es este nuestro genio.

PELAYO.

No lo sano
del discurso me aparta: otros asuntos
me retiran, Señor, de tu presencia.

SCENA II.

FERRANDEZ. TRASAMUNDO.

FERRANDEZ.

Trasamundo, à tu zelo, y tu prudencia
toca evitar gran mal: sin duda alguna.
Mucho engaño padece nuestro Infante:

yo

yo procurè advertirle, y no me escucha.
Tus canas: tu consejo:::

TRASAMUNDO.

Ni mis canas,
ni mi consejo faltan à Pelayo.
Sè bien tu lealtad, sè bien tus sanas
intenciones, por eso te haces digno
de que yo no te calle una advertencia.
De los Principes siempre reverencia
los muy altos designios que emprendieron.
Menos daño los Godos padecieron
quando en los baños de Toledo holgaba
Rodrigo con la Cava, y sus amores.
Del Cielo los Decretos superiores
le huvieran castigado à èl solamente.
Un Vasallo usurpò la accion del Cielo,
pues castigar al Rey toca à Dios solo;
y asi han llovido indiferentemente
desdichas sobre todos, aun mayores (da
que el daño à quien se diò venganza horren-
y siendo asi esto, hoy que venera España
tal Padre de la Patria, Rey tan justo,
de corazon invicto no domado,
en las duras batallas enseñado,
esperanza, y delicias de los suyos:
con quál extremo agradecer debemos,
un bien tan grande, y tan divino al Cielo,
que le costò cuidado el escogerle? FER-

FERRANDEZ.

Tu dictamen, Señor, de mi fiel zelo
nada dista.

TRASAMUNDO.

Lo sè.

FERRANDEZ.

Pero advertencias
con el debido obsequio no repugnan
à un Vasallo leal. Pelayo piensa : : :

SCENA III.

ELVIRA. FERRANDEZ.

ELVIRA.

Quièn darà à mi Señora la defensa
que su desgracia necesita?

FERRANDEZ.

El Cielo
no ignora mi cuidado, y mi desvelo.
Si otro medio no es dable, en desafio
defenderè à Hormesinda, y su pureza.
De una asta penderà la infiel cabeza,
y el morado albornòz de cifras lleno
bordadas por su Mora, harè se rinda
por alfombra al Estrado de Hormesinda.

ELVIRA.

La suerte aun ese alivio ha de negarte.

SCE-

SCENA IV.

ELVIRA. TULGA.

TULGA.

Munuza mi Señor, ácia esta parte
pensativo parece se retira,
quizà le aquexa algun gran mal, Elvira,
serà en tì urbanidad el retirarte.

ELVIRA.

No me es desagradable huir su vista.

SCENA V.

MUNUZA. TULGA.

TULGA.

No està finalizada la Conquista
de la Iberia, Señor, de tus piedades,
quièn creyera ser hijas este dia
la infiel obstinacion, y rebeldìa?

MUNUZA.

No sè con eso què decirme intentas.

TULGA.

Gran Munuza, las prontas, y violenta
execuciones en rebelde gente,
aseguran el Cetro solamente.
El inconsiderado atrevimiento
del vil Pueblo, un catastrophe sangriento

le

le reprime tan solo, y insolencia
la excesiva piedad causa al cobarde,
pues juzga la piedad por cobardìa.
De estos viles Esclavos quièn dirìa
que volviesen à unir los Esquadrones,
haciendo ufanos de su gente alarde,
pues yà armados estàn. Nuestros parciales
nada me ocultan, ni ocultar quisieron,
que à Pelayo por Rey reconocieron,
y tu muerte solícitos intentan
el morado pendon yà tremolando.

MUNUZA.

Què dices, Tulga? Ese enemigo vando
de Esclavos foragidos, infelices,
à quien su abatimiento, y mi desprecio
los libertò de estar encadenados,
à tanto se atrevieron? Què? Aùn ignoran
que el poder Mahometico triunfante
trastornò los Imperios de Levante?
Y que excediendo à Mario, en la abrasada
Libia, y sus espantosos arenales
hicimos, à pesar de sus Dragones,
de Catòn la gran marcha celebrada?
No miran el joyèl de mi turbante,
y el Real calzado, de su Rey despojos,
y baldon suyo, que de mis enojos
huyó aunque herido, (el bruto rebentado)

li-

librandole la noche encapotada.
Si à Eſpaña con Exercitos, armada
puſimos yugo en la cerviz altiva,
còmo podrà oponerſe ya cautiva
al poder Sarraceno? Què? Aùn ignora
que una débil muger cauſa fue ſola
de la infame cadena que hoy arraſtra?
Pues otra muger pérfida echa al cuello
de Eſpaña los poſtreros eslavones,
y el triunfo me ha de dar ſu miſma muerte.

TULGA.

Cid Munuza: què dices? De quàl fuert.
tan dificiles màquinas diſpones?

MUNUZA.

Oye, y admiraràs mis invenciones.
Quando mi brazo, y prevenida gente
inutil fuera, ò la ponzoña ardiente
diſpueſta para el fin, ſe malogràra:
y quando la fortuna me eſtorvàra,
que al cuchillo, ù al toſigo ſe rinda
la vida de Pelayo, y de Hormeſinda.
Entonces, Tulga, quando parecìa
que todo el gran proyecto ſe perdìa,
le veràs conſeguir: ſu miſmo hermano,
ò por ſentencia, ò por ſu propia mano,
la darà muerte fiera. Horror tan grande
ſupe aſtuto infundirle: no lo dudes.

Mas

Mas si ni esto se logra, està Zulema
pronto à matarla à todo riesgo, y luego
sabrà esparcir la voz de que Pelayo
fue el barbaro, y horrible fratricida.
Y esta fama en los suyos estendida,
(la piedad infundiendo los rencores)
què esperas que produzca, sino horrores,
escandalos, tumultos, y alborotos
contra Pelayo? Y de el furor valìdos
en medio del motin de su vil Plebe
equivocada, muerte le darèmos,
de sus mismos parciales ayudados.

TULGA.

Prontos tendràs tus Arabes soldados.

MUNUZA.

Asi toda la España sometemos
al Africano yugo, y les cortamos
la esperanza de nueva Monarquìa,
aun quando à tal aspire su osadìa.

TULGA.

Solo encargo, Señor, la diligencia,
(antes que el ciego vulgo se repare)
pues ella en las empresas importantes,
principalmente el exito asegura.

SCENA VI.

MUNUZA. PELAYO.

PELAYO.

Quàn en vano en un pecho generoſo
los esfuerzos inutiles procuran
dar alientos à un noble, y ofendido!
Munuza amigo: ſi Pelayo ha ſido
digno de tu amiſtad, pues tantas veces
nueſtras deſgracias has compadecido:
ayudame à ſentir mi pena horrible,
y duelete del trance en que me veo.
O triſte preciſion! Què no es poſible
hallar medio en mi grande deſventura,
ſino es el ſer infame, ò fratricida?
Yo à mi hermana quitar la dulce vida?
Yo vivir por ſus hechos afrentado?
Terribles dos extremos! Dime, amado,
y amigo muy leal, què executáras
ſi en tal conflicto como yo te halláras?

MUNUZA.

Lo que debes hacer, Pelayo amigo,
por tierna compaſion no te lo digo;
pero lo que yo hiciera, eſto ſeria.
En mi imaginacion yo fixaria
la auguſta, y nobiliſima aſcendencia,
venerada de todas las Naciones,

lle-

llena de lauros, triunfos, y blasones:
el clamor de la fama voladora,
el pundonor de un noble delicado:
con què poco se pierde lo ganado:
con què facilidad se recupera:
quàn poco à un corazon heroyco altera
ni el vinculo de sangre, ni otras viles
pasiones vergonzosas femeniles.
Quàntos nobles exemplos dà la historia,
dando al alma valor con la memoria:
què infame que es un Noble ya afrentado:
què heroyco que es un Noble ya vengado:
què poco al ofensor nadie le debe:
què hazaña es el castigo de un aleve:
quanto mas le conviene à un Godo Hispano
ser Noble heroyco, que afrentado hermano:
quànto el vencerse à sì : : :

PELAYO.

Basta, Munuza.
Què dices? Pues tan débil me imaginas,
que repare en estragos, ni en ruìnas
por mi decoro? Morirà Hormesinda
con esta espada.

MUNUZA.

Lo que à tì te toca
sabràs sin duda hacer: como tu amigo
que soy, no debì yo ver un testigo

de tu deshonra: el cómplice perverso
sacrifiquè en tu honor con cruda muerte.

PELAYO.

O fiel amigo! O Cielos! De tal suerte,
que todo el mundo ya mi bien procura?
Y solo aumento yo mi desventura
con piedad afrentosa? ::: Ya està dada
la sentencia fatal.

MUNUZA.

Quán generoso
es tu pecho, Pelayo! Què glorioso
te verè sin tal mancha! Amigo digno
de Munuza, y entonces en tus sienes
pondrè (mi juramento te lo abona)
de Asturias, y Cantabria la Corona.

ACTO IV.

SCENA I.

PELAYO, HORMESINDA,
FERRANDEZ, ELVIRA.

HORMESINDA.

No teneis que animarme: à los vencidos

no haver ya que perder, infunde aliento.
No puede ser mas grande mi tormento,
ni mi afrenta mayor. Pelayo, muera,
muera tu hermana sì; pero siquiera
viva mi fama, y no con mancha indigna
de mi progenie ilustre, reputada
por vil muger: cobarde, y desmayada
no me verás ahora: tu decoro
me anima para hablarte: no la vida
te pido, que aborrezco sin la fama.
Yo misma al opio, al hierro, y à la llama
me entregarè gustosa; pero advierte,
que à tu inocente hermana das la muerte,
creyendo en alefinos, y traydores.
No son Tulga, y Munuza mis mayores
enemigos: me ofende mas Pelayo.
Pelayo, tù te acuerdas de la escuela
de nuestra dulce, y suspirada Madre.
Ay Madre mia! Dí, de nuestro Padre
desgraciado los santos documentos
que nos daba, olvidaste; què has creìdo
que los haya tambien puesto en olvido?
Juzgas que aquella educacion, y exemplo
faltò de mi memoria, haciendo agravio
à tus Padres, y mios, à tì propio,
y à mì, que soy tu hermana, aunque infelice?
Lo que el vil, el traydor Munuza dice,

sin examen creiste: desgraciada
nacì: la infame vida estimo en nada.
Mas no tendràs disculpa: cruel hermano
te llamarà el Alarbe, y el Christiano.
Terribles infortunios te amenazan
entre los Moros: las reliquias Godas,
reliquias de Tarif, y el fiero Muza,
què esta montaña conservaba, todas
serán aniquiladas. Traycion grande,
sin duda, hay contra tì: tendrè el consuelo
de que muero sin culpa: no se diga
jamàs que huyo en la hermana de Pelayo
mancha, ni dólo, y digase que muero
por tu gusto: mas ay! còmo algun dia
sentiràs con dolor la muerte mia,
y con remordimientos inmortales
juzgarás que las furias infernales
alvergas en tu pecho, y la memoria
te atormentarà horrible quando sepas,
que por creer la acusacion impía
de la canalla infiel Mahometana,
(què horror!) mataste à tu inocente hermana!

PELAYO.

Valgame Dios! Què dices? Vive, vive,
mi hermana, mi Hormesinda, que no puedo
tu llanto resistir.

ELVIRA.

Albricias, Cielos! Fi-

FERRANDEZ.

Finalizaron ya los desconsuelos.

HORMESINDA.

No à mi razon atiendas solamente,
mi inocencia sabràs de Trasamundo,
justo, y cierto serà lo que èl dixere.

PELAYO.

Valgame Dios! Què dices? Muere, muere,
desdichada muger, baldòn, y afrenta
de Godos, y Españoles.

HORMESINDA.

Què? què es esto
Pelayo? Aùn hay mas penas?

PELAYO.

Trasamundo
es tu mayor contrario. Pues creìas
que apoyase su honor tus demasìas?
No cabe en tal virtud: èl, èl intenta
que con tu sangre lave yo la afrenta
de los Christianos, ni me dà à Gaudiosa
hasta que mueras tù, para mi esposa,
ni cómo era posible!

HORMESINDA.

Ay Dios eterno!
Ah nuevo! Ah horrible! Ah imprevenido gol-
Armòse contra mì todo el Infierno, (pe!
Tambien esto? Esto solo me faltaba:

Contra mì Trasamundo? Quièn creyera
tan repentino horror? De quien fiaba
oigo tal? Dónde irè? Pierdase todo:
Vida vil! Ya no quiero honor, ni vida.
Por mì volverà el Cielo. Ea matadme,
que el Mundo infame, y pérfido aborrezco,
porque con esto de una vez se acaben
(quando al cuchillo mi cerviz se rinda)
las horrendas desgracias de Hormesinda.

SCENA II.

HORMESINDA. TRASAMUNDO. ELVIRA.

TRASAMUNDO.

Què alteraciones en vosotras miro?
Què nueva confusion, y sobresalto
vuestro semblante anuncia? No perdamos
la esperanza, Hormesinda, que aun no todo
se anegò en Guadalete el valor Godo.

HORMESINDA.

No es tiempo de callar: ya que yo muera
no juzguen culpa en mì la cobardia.
Trasamundo, Señor, quièn juzgaria
de vos tan gran maldad!

TRASAMUNDO.

Precipitada

Hor-

Hormesinda, què dices?

HORMESINDA.

Què esperabais
de mi sino lamentos dolorosos,
eternas, y tristisimas querellas
por vuestro proceder tan no esperado
de vuestro exemplo, canas, y prudencia?
Conoceisme? Sabeis mi alta ascendencia?
Sabeis mi pundonor? Y aunque lo digas
mi honestidad, virtud, recogimiento,
y regia educacion.

TRASAMUNDO.

Lo sè, Hormesinda.

HORMESINDA.

Pues en què os ofendi? Por què sangriento
mi muerte procurais? Tal se creyera
del justo Padre en quien la Patria espera?
Vos prometisteis del traydor Munuza
defenderme: mas yo quien me defienda
de vos ya necesito. Tan infame
soy, que pedis mi muerte? Què delito
me originò tal ódio! Soy yo acaso
la que llamò à los duros Agarenos
de los altos Alcazares de Zeuta
con el rojo pendon de Lunas lleno,
y à voces à embarcar los animaba
contra los Godos en venganza ardiendo,

y

y incitando las armas eſpantoſas,
que tan grandes deſdichas nos trajeron?
Yo, miſera infeliz, què deſventuras
à los Godos causè? Què formidables
Exercitos armè contra la Patria?
Yo no traje à Tarif deſde Damaſco,
ni de Libia llamè al ſobervio Muza.
Miſera! Què hacer pude que incitaſe
contra mì tal furor en los Chriſtianos?
Yo llorè ſus deſgracias. No fue el Cielo
por mis ruegos tambien importunado?
No implorè ſus piedades? Ofendida
mas que yo quièn havrà? Quièn de la ſuerte
ſufriò mayor tormento? El vil Munuza
valído del conflicto violentada,
me deſposò con ritos execrables.
(Tiemblo de horror diciendolo) Ah cuitada!
Morirè ſin vengarme! Aborrecida
de los mios irè profuga, y triſte
à pedir el favor de los Infieles,
ò à morir entre barbaros crueles,
pues ſoy abominada, y Traſamundo
haſta verme morir, niega à mi hermano
de ſu Gaudioſa la ofrecida mano,
queriendola dotar con mi inocente
ſangre, pues juzga que ſu eſtirpe afrente.

TRA-

TRASAMUNDO.

Hormesinda infelìz, mal informada
muger, què dices? Yo matarte intento?
Yo culpo tu conducta? Yo me afrento
de tu sangre? Yo hacer nada en tu ofensa?
Yo dexar de morir en tu defensa?
Cómo es posible!

HORMESINDA.

Es vano el disimulo:
Pelayo, sì, Pelayo: èl mismo ahora
acaba de decirmelo, y el nombre
de Trasamundo le excitó los odios,
que à templar ya empezaba con mi llanto.

TRASAMUNDO.

Què nuevo asombro es este? Cielo Santo!
Aqui hay gran mal oculto! Satisfecha
aùn no està tu justicia, ya deshecha
en campos de Xerèz con rabia impia
la Goda triunfadora Monarquía?
Aun no con tanta sangre hemos pagado
del infelìz Rodrigo el gran pecado?
Què dura el justo enojo todavia?
Engañada Hormesinda:::

ELVIRA.

Infanta mia,
Trasamundo callad, que he divisado
á Munuza que viene.

TRA-

TRASAMUNDO.

De el malvado
quiero huir la presencia. Vendrè à verte.

SCENA III.

MUNUZA. HORMESINDA. ELVIRA.

HORMESINDA.

No quede à mi dolor ninguna suerte
de alivio que no busque. Despechada
tendrè siquiera el frivolo consuelo
de insultar con furor à mi enemigo
de furias implacables agitada.
En fin, Munuza, en fin ...

MUNUZA.

Si despechada
me pretendes hablar, à solas quiero
satisfacerte, haz que se aparte Elvira.

Vase Elvira.

HORMESINDA.

Ya nadie escucha. En rábia, y mortal ira
arde mi pecho. Estàs, cruèl, contento
con mi desgracia ya? Quedò tormento
que no me hayas fierìsimo buscado?
Engañar à mi hermano tù has logrado,
y hacerme aborrecible. El Dios eterno
de los Christianos, à quien firme adoro,

y en quien eſpero, los caſtigos juſtos
por infamia te dè tan execrable.

MUNUZA.

Muger deſeſperada: aunque mas hable
tu paſion, no ſe ofende mi grandeza.

HORMESINDA.

Tambien eſe deſprecio? Ay tal fiereza!
Pues tù quién eres? Quáles tus acciones
ſon, ſino infamias, robos, y trayciones?
Quándo entre Arabes fuiſte tù eſtimado?
Y entre los nobles Godos què has valido?

MUNUZA.

Valdrè al menos los Godos que he vencido?

HORMESINDA.

Con infidelidad, y alevosìas.

MUNUZA.

Ya no puedo ſufrir mas demasías.
Ahora ſabràs à quièn has ofendido.
Con inaudita eſpecie de tormento
he de darte el mas barbaro caſtigo,
pues no oye ahora mi voz ningun teſtigo.
Conozco tu razon, sè tu inocencia,
que atropellè con impetu, y violencia.
A tu hermano engañè, te lo confieſo,
por lograr tus favores, y por eſo
con fingidas promeſas fue embiado
á Cordova, y alli á ſer degollado.

No se logrò mi intento! Por gozarte,
pues no huvo otro remedio, desposarte
logrè conmigo, aunque desesperada:
Pero tú, aunque conmigo desposada,
mi lecho abominaste: tal desprecio
paguè con tu descredito, y has sido
reputada por fragil: te ha adquirido
la infamia tu imprudente resistencia.

HORMESINDA.

Viva mi honestidad en la presencia
del Cielo, y tengame por delinquente
el Mundo, por tu exceso temerario.

MUNUZA.

No fue exceso? porque el favor no alabas
de servirse el Señor de sus Esclavas?
No te amè, y tanto bien tù le has perdido?
Què mayor bien que amor correspondido?
Corrido estoy, rabioso, y despechado
de no haver tus favores conseguido,
aunque de ello en tu oprobio me he jactado.
Pues sufre mis enojos: de mi mano
digna te quise hacer, y me ultrajaste.
No advertiste quién fueras, y quién eres?
A ser creyente huvieras ya ascendido
de la alta Religion de el gran Mahoma;
y por fin, con el tiempo huvieras sido
quizà la principal de mis mugeres,

y à tu hermano mandàras como Esclavo.
Imaginaste que tan necio fuese
que hablar primero à tì te permitiese
con lagrimas, y extremos engañosos,
propios de vuestro sexo, acostumbrado
con ellos à triunfar, y me expusiese
à un desayre tal vez? Eso querias?
Ah, cómo ignoras las cautelas mias!
Desde los años de mi tierna infancia
aprendì con astucias, y traysiones
el arte de engañar los corazones;
y sè, que al que se juzga poderoso,
la primera noticia impresion hace,
y es dificil borrarsela: excelente
virtud se necesita, que hay en pocos,
pues pocos imaginan, que se atreva
nadie à engañarlos, ni que serlo puedan.
Mira à quién ofendiste, desgraciada,
y no serà (te juro) impunemente.
Quién te librarà ya de mi venganza?
Tu mismo hermano (tanta confianza
de mí le persuadì) poder me ha dado
de que haga yo justicia à mi alvedrio.
No hay piedad, ni remedio: tu desvio
te costarà la vida, y al instante
à una hoguera voràz con mil cadenas
seràs llevada presa à quemar viva.

Cielo! esto sufres? Fiera tan altiva
consientes en el Mundo? Para quándo
guardas los rayos? Quán abominable
maldad! y què horrorosa! Detestable
Politico infernal, feròz injusto,
Autor de los delitos mas atroces,
pérfido, de qual Monstruo de las Sirtes
fuiste engendrado? O si pluguiese al Cielo
que en las ondas se huviera sumergido
con remolinos la maldita Nave,
que pasò à las riberas Españolas
Monstruo tan inhumano, y tan horrendo!

MUNUZA.

Para tu pena, y tu mayor tormento
vuelvo à decirte, que eres inocente;
pero todos te juzgan delinquente,
y has de morir infame, y despreciada
de los tuyos, y al fuego condenada.

SCENA IV.

HORMESINDA. ELVIRA.

HORMESINDA.

En fin, què no hay remedio à mis desdichas?
Quièn se viò en tal angustia?

ELVIRA.

Ay de nosotras!

re-

reducidas de nuevo à ser esclavas
entre barbaros fieros, y crueles.
Adónde irèmos, miseras cuitadas?
A que nos den por Arras à sus Moras,
à servir en sus baños delicioſos,
ò à labrar sus Marlotas, y Almaizares.

HORMESINDA.

O! acabeme mi anguſtia, y mis pesares!

SCENA V.

FERRANDEZ. ELVIRA.

ELVIRA.

Ferrandez, es posible que à Pelayo
no podais disuadir? Que solo pende
de su yerro la vida de su hermana,
y aun la suya, y la nueſtra, y un tan leve
inconveniente causa tal desdicha,
tan facil de enmendarse, y no se enmienda?
Nueva especie de pena, y mas tremenda,
que si fuera la pena irremediable!

FERRANDEZ.

Què quieres que en dolor tan lamentable
yo te responda, Elvira? Yo he fixado
carteles en que reto, y desafio
al que acuse à Hormesinda; mas Pelayo
mismo lo estorva: dice que es impìo

modo de hacer justicia hechar la suerte,
ò en el mas venturoso, ò el mas fuerte.

ELVIRA.

Pues yo voy à morir con mi Señora.

SCENA VI.

TRASAMUNDO. FERRANDEZ.

TRASAMUNDO.

Ferrandez, tu lealtad conozco ahora:
Quièn lo huviera pensado: Nos perdemos.
Ya el gran palenque, y grande hoguera vemos,
(horroroso cadahalso de Hormesinda)
en la llanura proxima que linda
con el muro, alli tiene el cruel Munuza,
esquadrones de yeguas Africanas,
sus tostados Lanjetes, y Barrajis,
con adargas de Fez resplandecientes,
aljubas, y alquifaes de escarlata
estàn sobre las armas: à los Cielos
sube la llama: Niños, y Doncellas
tìmidas, los ancianos, y Matronas
suspiran con silencio, pues los Moros,
à los que oyen llorar los alancean.
Y culpan à Pelayo de sus lloros,
pues publica el pregon que asi lo manda.

FER-

FERRANDEZ.

Què esto se sufra? Una Española Infanta
morir asi? A los Principes se debe
advertir quando acaso se equivocan,
lo que es muy cierto, que saber quisieran!
Quien debe, y puede, ofende si lo calla.
No hace el Vasallo al Rey otros favores,
sino avisarle humilde lo que ignora.
El modo hace rebeldes, y traidores,
que los consejos no. (quando es preciso)
Los Vasallos leales de rodillas
advierten à su Principe llorando,
y èl lo agradece: estàn los Españoles
esentos de sospecha, no à sus Reyes
solo veneran; sino aun al Tyrano:
responda Juba, y Cesar el Romano.

TRASAMUNDO.

Mas es Padre que Rey un Rey de España.

FERRANDEZ.

Pues de rodillas quiero, que le engaña
Munuza el vil con lagrimas, decirle,
y haga entonces su agrado, que à servirle,
y à obedecerle nadie irà mas presto.
Vamos, Señor, al punto.

TRASAMUNDO.

Mas què es esto?
Què confusion! Què estrepito se escucha!

Què inquieta, y dolorosa vocería?
Ya oygo el rumor del Pueblo, ya vecinas
se oyen las armas, y aun lucir las veo:
ya suenan herraduras de caballos,
y à lo lexos el son de las sordinas.

Ruido.

ACTO V.

SCENA I.

TULGA. TRASAMUNDO.

TULGA.

Nada Munuza obrò que con Pelayo
antes no consultase: assi de justo
logrò el renombre, y de Pelayo ha sido
por eso en tal reputacion tenido.
Y es ir contra Pelayo el que à Munuza
repugne.

MUNUZA. *Saliendo.*

Què es aquesto? Dì à Pelayo,
que hoy verà mi amistad, que hoy se establecen
entre nosotros las propuestas paces
con pactos ventajosos.

TRA-

TRASAMUNDO.

Y Hormesinda
dónde està?

MUNUZA.

A mì me toca ese cuidado.
Harè lo que su hermano me ha rogado.

TRASAMUNDO.

Voy temblando, y confuso. *Vase.*

TULGA.

Està dispuesto
quanto encargaste: el fuego, la ponzoña,
las Tropas, los amigos, las veredas,
los pasos, los caminos, las celadas,
los rumores, promesas, y zizañas...
Todo està, nada falta.

MUNUZA.

Pues al punto
entren à esa infeliz encadenada.

SCENA II.

HORMESINDA *con prisiones.* ELVIRA. ZULEMA. TULGA. MUNUZA. *Guardias de Moros, y algunos Christianos con grande aparato.*

HORMESINDA.

Ay infeliz muger! Ay desdichada!

MUNUZA.

Escuchad, Moros. Atended, Christianos.
No juzgueis mis decretos por tyranos,
pues yo mas que vosotros me enternezco
de tan triste espectaculo, y tan tierna
juventud malograda, y hermosura.
Yo la contemplo una inocencia pura; (clama,
mas què he de hacer? Su Hermano à voces
que la entregue à voráz, y ardiente llama:
Quizà tendrà motivos que le impelen.
Yo protestando al nombre sacrosanto
de el Miramamólin, y el gran Mahoma,
en su nombre executo la justicia,
las ordenes cumpliendo de Pelayo.

ZULEMA.

Tu compasion, y rectitud admira.

ELVIRA.

Señora! Ay de nosotras!

HORMESINDA.

Solo es tiempo
de convertir ya en merito la pena.

ELVIRA.

Ay què desdicha! Ay muerte de horror llena!

HORMESINDA.

En fin, que ni mis ruegos, ni mi llanto,
ni mi llanto tristisimo, y inutil,
ni mis tiernos suspiros arrancados

con

con profundo dolor de mis entrañas,
ni el transito fatal en que me veo
cercada de congoxas, y de angustias,
ni mi razon, ni mi inocencia al Cielo
pudo apiadarle! Ay què dolor terrible
me oprime el corazon! A quièn los ojos,
los tristes ojos de llorar cansados,
tanto tiempo en los Cielos enclavados
sin fruto, volverè? Por todas partes
la imagen espantosa de mi muerte
miro en vision horrenda: en vano fuerte
me intento hacer. Soy débil muger flaca,
de inumerables penas combatida:
mil enemigos mi inocente vida
tiene sin culpa. Ay barbaro tormento!
Infeliz Hormesinda! Ay desdichada!
Adònde voy? Què harè? Precipitada
en un abismo de ansia, y desconsuelos
(què pena!) estoy: Valedme, Santos Cielos!

ELVIRA.

Ay Dios! Ah España! Ay miseros Christianos!

HORMESINDA.

Ay! El mas infeliz de los hermanos,
que esto quieres Pelayo! Ay! Si me vieras!
Ay! Como acaso ya te enternecieras
en ver à tu inocente hermana triste
en tal angustia, y trance! Ay! Y nacida

de las mismas entrañas que naciste!
Dònde estàs que no me oyes? O Christianos!
Llevadle mis suspiros postrimeros,
decid que su ignorancia le perdono,
que resignada por su gusto muero.
Que solo siento el lance temeroso
quando se desengañe: Ay! Quàntas veces
repetirà mi nombre pavoroso!
Què grande horror le espera! Dios eterno,
voy à morir cargada de cadenas?
Dadme en este conflicto fortaleza:
sirva mi muerte de exipiar la culpa
de España, y pague solo mi cabeza.

Un Christiano.

O trance horrible! O barbara fiereza!

TULGA à MUNUZA.

Fortuna nuestro intento favorece.

HORMESINDA.

Mas ya que muera, si algo te merece
Hormesinda, Munuza, pues mi hermano
te fue leal, pues fuì de tì querida,
que me dès te suplico, no la vida;
sino la muerte menos rigurosa.

MUNUZA.

Qualquiera muerte es una misma cosa.

HORMESINDA.

Pues muerta yo, publica mi inocencia.

MU-

MUNUZA.

Executad al punto la sentencia.

HORMESINDA.

Ser una hermana por su mismo hermano
sentenciada à morir! Y sin delito!
Y à su enemigo pérfido entregada!
Què atrocidad! O Cielo! Ay desdichada!

MUNUZA.

Vé infeliz à morir, y haz con tu vida
inutil sacrificio à tu Propheta.

A las Guardias.

Y vosotros guardad el gran suplicio,
hasta ser en cenizas reducida.

SCENA III.

TULGA. PELAYO.

PELAYO.

Triste imaginacion! Què combatida
de funestas ideas! Mas què estruendo,
y rumor de la Plebe ensordecido
turba los muros de la antigua Gigia?
Tulga: es Munuza fiel? Me he equivocado
en el juicio que de èl tengo formado?

TULGA.

Eso dudas, Pelayo? Vendrà ahora
à firmar los tratados de Alianza,

SCE-

SCENA IV.

TRASAMUNDO. PELAYO.

TRASAMUNDO.

Gran Pelayo, fiel, y ultima esperanza
de la infeliz España que ya espira:
Què es esto que nos pasa? En què desgracias
vamos precipitandonos?

PELAYO.

El Cielo
Asi lo permitiò: con menos fuertes
remedios no es posible que se cure
mi pundonor herido, y mancillado,
y aun doy gracias al Cielo, pues me ha dado
tan grande amigo, que à su cargo tome
mi deshonor, y à su venganza acuda:
Munuza, el fiel Munuza:::

TRASAMUNDO.

El fiel Munuza?

PELAYO.

El fiel Munuza, sì: què te suspende?

TRASAMUNDO.

El fiel Munuza? O Cielos! Con que entiende
Pelayo que Munuza, el vil Munuza
es su Amigo?

PELAYO.

Pues qué? De lo que digo
nadie se admirarà? TRA-

TRASAMUNDO.

Sème testigo
ò Dios que lo ves todo, que Munuza
es alevoso, es pérfido enemigo....
Sè que engañado vives: èl sobervio
sacrifica à Hormesinda à su fiereza.
El es facinerosо: ella inocente,
La lealtad de España es obediente,
Y aun con importar tanto, dilataba
desengañarte, porque te enojaba.

PELAYO.

Trasamundo, no adules mi deseo
con nuevos imposibles: si así fuera!
Mas ay! que es muy cruel mi suerte fiera!

TRASAMUNDO.

No es cruèl, es benigna, el Cielo quiere
volver por la inocencia de Hormesinda,
sin causa perseguida: despechado
Munuza de haver sido despreciado,
conociendo tu honor, te hablò primero
que otro te hablàra, para que severo
la dieras muerte, y ódio te adquirieras
de tus Christianos, y acabar con todos.
Yo, Gaudiosa, Ferrandez, y los Godos
todos lo saben; solo tù lo ignoras.

PELAYO.

Con que fueron sus maximas traydoras?

TRA-

TRASAMUNDO.

Traydoras, y à tu muerte dirigidas.

PELAYO.

Pues dime: y eſtas letras? ...

TRASAMUNDO.

Son fingidas
por mano infame del falſario Tulga.
Lo sè... Y la trama, y pérfido artificio...

PELAYO.

Traſamundo: es verdad?

TRASAMUNDO.

Pues aùn lo dudas?
Dios Sacroſanto, que con infinita:::

PELAYO.

Suſpende el juramento: Y mi inocente
hermana dónde eſtà?

TRASAMUNDO.

Con ſus doncellas
juzgo que eſtà llorando recogida,
eſperando la muerte por inſtantes,
para lo qual ſe la entregaſte al Moro.

PELAYO. (dices?

Yo al Moro la entreguè? Yo.... Què.... Què
Tanta vileza en la ſoberyia hiſpana
fuera poſible... Dònde eſtà mi hermana?
Voy à abrazarla, y voy con penetrantes
heridas à matar al falſo Amigo.
Es verdad? O me engaño?

TRA-

TRASAMUNDO.

Lo què digo,
Dios eterno, confirmalo.

PELAYO.

No estorves
mis venganzas, Señor, con detenerme:
O! què funesto, y què terrible dia
Es este para mí de mi llegada!
Que tanta infamia estaba preparada!
Suelta, Señor. *Deteniendole siempre.*

TRASAMUNDO.

Pelayo, los furores,
la precipitacion, ni la violencia
no lo remedian: solo la prudencia
puede valer quando el contrario es fuerte,
y si te precipitas, nos perdemos. *Deteniendole.*

PELAYO.

Eterno Dios! Què dices? Me horrorizo.
O, Pelayo infeliz! Ay de mi triste,
hombre inconsiderado, y sin sentido! (to
Ay Dios! Què iba yo à hacer? En un momen-
quanto comprendo que ignorè hasta ahora?
De què sueño profundo yo despierto?
Què horror! Ah vil Munuza! Ay Hormesinda
mi hermana! Mi querida, y dulce hermana!
Presago el corazon me lo decia.
Injusto fui en creerte yo culpada.

Yo

Yo tomarè venganza tan horrenda
de tu agravio, que al fin le satisfaga.
Y juro por las almas generosas,
que dejaron los cuerpos insepultos
ya blancos esqueletos, à la orilla
de el infausto, y sangriento Guadalete,
que si una muger fue la desventura
de España, otra serà quizà la causa
de ser la mas triunfante Monarquía,
que à pesar de la Tierra, y Mar profundo
se iguale con los terminos de el Mundo.
Dónde mi hermana està?

SCENA V.

GAUDIOSA, y dichos.

GAUDIOSA.

Traycion hay grande,
Zulema, de el amor que me ha tenido
barbaramente ciego, no ha podido
un secreto callar. Que no bebiese
de el vino me encargò, que se ofreciese,
quando jureis las paces.

PELAYO.

Ah traydores!
Dónde mi hermana està?

Queriendo irse.

SCE-

SCENA VI.

FERRANDEZ, y dichos.

FERRANDEZ.

Creyo que fuese
facil, el vil Munuza, hacer odioso
su Principe à los claros Españoles:
No le valdrà su infamia: rodeados
de Tropa estamos ya por todos lados,
por traycion de los Moros.

PELAYO.

Al instante
acudid à las armas. *Deteniendole.*

TRASAMUNDO.

Calla, Infante.
No son esos estremos tan precisos,
ni anduvieron los tuyos tan omisos,
que no estèn prevenidos à la muerte
por librar à tu hermana, y defenderte.
De Pedro, Duque de Cantabria, el hijo
està avisado: espera, porque à veces
no es licito en la Guerra errar dos veces.
Pues si el golpe se logra como espero,
contra el Africa vil de la montaña
rugiendo bajarà el Leon de España.

PE-

PELAYO.

Dónde mi hermana eſtà, que no la veo?
Voy à buſcarla aunque ſe oponga el mundo.

TRASAMUNDO.

Diſimula un inſtante, porque creo
que aqui va à echar el reſto la rortuna.

Vaſe Pelayo.

SCENA VII.

ZULEMA. MUNUZA, *con grande acompañamiento, y dichos.*

MUNUZA.

Oy ſe ve llena la Agarena Luna
de Gijòn en la Torre envanderada.
Oy la paz, y alianza confirmada
ſe verà entre los Moros, y Chriſtianos.
Yo harè juſticia indiferentemente
en nombre del Califa ſoberano.
Entre unos, y otros oy eſtablecemos
la confederacion con firmes pactos.
Con finezas, con dádivas, y eſtremos
la amiſtad ſe confirme: oy brindarèmos,
y en ſeñal de la fé que os he jurado,
tan recta es mi juſticia, que forzado
mi corazon piadoſo, y informado
por Pelayo, que muerte merecia

ſu triſte hermana, en eſte miſmo dia,
dando de mi virtud inſigne mueſtra,
ſin diſtinguir perſonas, Juez ſevero,
abandonando aquello que mas quiero,
la ſentencie à quemar. Ya executada
eſtarà la juſtiſima ſentencia.

TRASAMUNDO.

Cielos, què eſcucho?

FERRANDEZ.

Cómo tal violencia?

MUNUZA.

Eſperad à Pelayo.

GAUDIOSA.

Ay deſdichada!
Hormeſinda infeliz! Ay malograda!
Ay dulce hermana, y compañera mia
en todos mis trabajos! Eſto havia
la ſuerte reſervado à tu hermoſura?

FERRANDEZ.

Pierdaſe todo.

TRASAMUNDO.

Nada ſe aventura.

MUNUZA.

Teneos, ò mis Guardias ... Mas què es eſto?

SCENA VIII.

PELAYO, *trayendo à* TULGA *Tropa de Cantabros, Asturianos, y dichos.*

PELAYO.

Esto es, infame, haver ya conocido,
por la vil confesion de un fementido,
tus trayciones: Alli tienes al malvado
digno Ministro tuyo: ya ha apurado
por fuerza el vaso que me preparabas.
De los terribles Godos esperabas
otras dádivas que estas, alevoso?

MUNUZA.

Arma, arma, mis Alarbes, y Africanos.

PELAYO.

Arma, Cantabros mios, y Asturianos.

Ruido de Guerra, y entranse riñendo.

MUNUZA, *entrandose.*

Arma.

TULGA.

Indigno Munuza, de tal dueño,
y tal servicio, premio tal se espera:
con desesperacion ardiendo muero.
El corazon de angustia se me arranca!

Ay

Ay què dolor tan barbaro me oprime!
Mil vivoras me muerden las entrañas.
Vàse cayendo.

SCENA IX.

ELVIRA. GAUDIOSA.

ELVIRA.

Ay infeliz! Gaudiosa: Ay desgraciada!
Los barbaros verdugos de mi amada
Señora me arrancaron: Què suspiros!
Què llantos! Què ternezas! Què afligida!
Què muerta! Ay què terrible despedida!

GAUDIOSA.

Què es esto, Elvira? Ay Cielo! A tal extrema
la desdicha llegò de los Christianos?
Ay esperanzas, y deseos vanos
de nuestra libertad! Mas dime... Cómo...
Por què à Hormesinda tan desamparada
dexaste en tal angustia? Dí, el malvado
precepto havrà ya sido executado?

ELVIRA.

Ya los ojos hermosos la vendaban,
y à la hoguera voráz ya la acercaban,
cuyo estallido, y fuego conociendo
temblò, y tiernos suspiros dolorosos
de nuevo se escucharon. Yò apartada

fui con violencia, y à buscarte vengo,
y à ayudarte à llorar.

GAUDIOSA.

Pero què escucho?
Què estruendo de armas, y rumor confuso?
Què roncos atabales, y bocinas
acercandose vienen? Què lamentos?
Què asombrosa algazara, y vocerìa?
Ay triste España! Oy es tu postrer dia,
mas fatal que en Xerèz! Ay de nosotras
expuesto el cuello al Damasquino Alfanje!
Ay Cielo santo! Y què terrible trance!
Ya hasta aqui llegan: Ay! Aparta Elvira.

Moros, y Christianos riñendo dentro.

Un Christiano.

Oy ya la España, ò barbaros, respira.

Un Moro.

Desde oy sereis con yugos mas pesados
conducidos à Syria encadenados.

GAUDIOSA.

Elvira: Ay de nosotras infelices!
Mas quièn, ò Cielos! viene aqui?

ELVIRA.

Què dices?

SCE-

SCENA X.

HORMESINDA, *con las cadenas rotas.* GAUDIOSA. ELVIRA, *y séquito.*

GAUDIOSA.

Què veo? Es ilusion? Cómo? Hormesinda!

HORMESINDA.

Dexad que gracias à los Cielos rinda
por tal bien: puedo apenas explicarlo:
la Providencia asi quiso ordenarlo.
Ya la hoguera fatal me amenazaba,
quando veis alli à Alfonso que llegaba
con sus Ginetes: el gallardo Alfonso,
hijo de Pedro, Duque de Cantabria.
Què sangriento combate! Què terrible!
El rompiò mis cadenas: sorprendidos
huyeron los infieles :::

SCENA XI.

TRASAMUNDO *apresurado, dichos, y Christianos.*

TRASAMUNDO.

Ya vencidos
quedan los Moros con horrible estrago,
y el barbaro Munuza, que esforzaba

la

la obstinada defensa, de Pelayo
viò espantado brillar la ardiente espada.
Se embisten ferocisimos. Què asombro!
Què espantoso combate! Al fin el Moro
blasfemando colerico, y tremendo,
diò un gran gemido, y con horrenda herida,
pálido el rostro de color de muerte,
midiò la tierra el barbaro espantoso,
mordiendola rabiando en sangre tinto,
rebolcandose inquieto, y con visajes,
quedando abominable, y horroroso,
con presencia infernal, yerto cadaver.

GAUDIOSA.

Justisimo castigo, y no venganza.

Saca un Christiano la cabeza de MUNUZA *clavada en una lanza.*

TRASAMUNDO.

Veis la horrible cabeza en esa lanza
manando sangre, y arrastrando el cuerpo,
con ignominia lleva el vulgo al fuego,
que antes para Hormesinda fue encendido.

Todos.

Albricias! Que ya el Cielo se ha apiadado.

SCE-

SCENA XII.

PELAYO. FERRANDEZ. *Dichos, y Christianos con espadas desnudas.*

PELAYO.

Perdonas à un hermano, que engañado
con tanto indicio, aunque por tiempo breve,
dudò de tu virtud?

HORMESINDA.

Hermano mio....

Abrazase.

PELAYO.

Digna de ser hermana de Pelayo.
Mi hermana! Mi Hormesinda, hermana ama-
Que logro verte viva, y verte honrada! (da...

HORMESINDA.

En què peligro estuve!

PELAYO.

Destilando
viene aun mi espada la caliente sangre
de tu enemigo: Vesla aun exalando
el ultimo vapor?

HORMESINDA.

Dios Soberano
volviò por mi inocencia.

PELAYO.

Pues lo allana
todo el Cielo, marchad à Cobadonga.
Desde alli la conquista se disponga
de España, y escarmienten los Tyranos,
y en su prosperidad no estèn ufanos:
Ni jamàs desespere el inocente,
pues Dios hace justicia; y si enojado
nos castigò en Xerèz, ya se ha apiadado.

CORO.

O si pluguiese al Cielo
que Pelayo lograse,
como ha logrado esta feliz hazaña,
la mas gloriosa de librar à España

F I N.

d. HAZAÑA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS